

MARIO ESCOBAR

CRÍMENES

IMPERFECTOS

TÍO JACK



Lectulandia

Grace Sanders es una joven abogada que lucha por los derechos civiles en Austin (Texas). Trabaja para una asociación que revisa los casos desesperados de penas de muerte y cadena perpetua. Su primer trabajo será demostrar la inocencia en un hombre en el turbulento asesinato y violación de dos miembros de una misma familia. Ivy, una niña de ocho años, es violada por un hombre que entra en su casa tras ver cómo un individuo asesina a su abuela Norma.

La niña acusa a su tío Jack de lo ocurrido, pero la esposa de este, Elda, cree que su marido es inocente y no merece morir en la silla eléctrica.

Lectulandia

Mario Escobar

Tío Jack

Crímenes imperfectos - 1

ePub r1.0

Titivillus 24.12.15

Título original: *Tío Jack*
Mario Escobar, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL AUTOR

Los casos narrados en estos relatos son verídicos; únicamente se han cambiado nombres, datos y fechas para proteger la intimidad de las personas que los sufrieron.

CAPÍTULO 1

Los edificios se reflejaban en el lago Lady Bird cuando Grace dejó su despacho en el centro de Austin. El local destartalado que había conseguido la asociación para la que trabajaba como voluntaria había sido muchas cosas anteriormente, pero todos conocían el lugar como el «horno». Durante casi una década aquel lugar había servido las mejores *pizzas* italianas de la ciudad y ahora se había convertido en la sede de una organización de derechos civiles que pretendía terminar con la pena de muerte. Cada mes llegaban a la oficina cientos de casos desesperados, pero apenas había recursos y la mayoría de los abogados, procuradores y asistentes sociales eran voluntarios.

Grace llevaba tres semanas haciendo sus prácticas en la asociación. Había estudiado derecho en Harvard y se había especializado en Yale, siendo la mejor de su promoción. Sus padres habían abrigado la esperanza de que su única hija se convirtiera en una de las abogadas más importantes de Texas, pero desde que había terminado el verano ella se había dedicado a rechazar todas las ofertas que había recibido de los mejores bufetes de abogados del país para trabajar de voluntaria en una asociación infecta de izquierdistas antisistema. Sus padres le habían mostrado su disconformidad y le habían retirado su asignación mensual, pero Grace aún guardaba algo más de veinte mil dólares de las tres becas que había ganado en los últimos años en la universidad.

La joven se colocó el bolso étnico que una amiga peruana le había regalado unos meses antes y se dispuso a cerrar el despacho. Apagó las luces y se dirigió al escaparate. El local aún olía a *pizza*, a pesar de los meses que llevaban allí. El olor a comida seguía siendo patente a todos los clientes que se decidían a entrar en el edificio. La joven cerró con llave la puerta principal y después bajó la persiana metálica en medio de un gran estruendo.

—Señorita, perdone. ¿Ya han cerrado?

Grace escuchó una voz a su espalda y se giró sobresaltada. En varias ocasiones algunos jóvenes de extrema derecha habían pintarrajeado el cierre del local o lanzado huevos podridos contra la fachada. Austin no era precisamente la cuna del liberalismo. Cuando observó a la mujer pelirroja, con el rostro plagado de pecas y unos limpios ojos verdes, se tranquilizó. La mirada de los extremistas siempre parecía enturbiada por el odio o la rabia.

—Puede venir mañana por la mañana —comentó la joven.

—Llevo todo el día conduciendo desde Atlanta; sé que ya no son horas, pero si al menos pudiera tomar un café conmigo y escucharme... Llevo tres años llamando a puertas que siempre se cierran en mis narices y...

La mujer no terminó la frase, comenzó a tragar saliva y antes de que pudiera evitarlo sus ojos surcados por pequeñas arrugas comenzaron a humedecerse. Grace la miró muy seria y después puso su mano izquierda sobre el hombro, mientras aferraba

con la otra los informes que se iba a llevar a casa para intentar ponerse al día.

—No se preocupe. A mí también me sentará bien hablar con alguien. Llevo todo el día con el papeleo de la oficina y creo que me voy a volver loca.

La sonrisa tímida de Grace pareció tranquilizar de repente a la mujer. Una leve sonrisa se esbozó en su rostro y ambas comenzaron a caminar hasta un local cercano, donde la gente de la oficina en ocasiones comía o cenaba.

—Perdone que no me haya presentado. Mi nombre es Elda Russell, vivo en Atlanta, estoy casada y tengo dos niñas.

—Encantada. Yo me llamo Grace Sanders.

—Se preguntará por qué acudo a ustedes en Texas habiendo varias asociaciones en Georgia. Lo cierto es que lo he intentado en los últimos años, pero nadie ha querido ayudarme. No les culpo por ello, sé que mi caso es un poco especial.

Las dos mujeres se pararon enfrente de la puerta del local y Elda sujetó la puerta para que la joven pasara. Hasta ese momento Grace no se había fijado en el sencillo vestido de flores de la mujer, que le daban una apariencia rural, nada sofisticada. No llevaba pintura en la cara y el único adorno que se había permitido eran unos pendientes de plata con un pequeño brillante seguramente falso.

El local estaba vacío. Al ser viernes, los oficinistas del centro huían despavoridos a sus casas en las afueras o a pasar unos días de descanso en alguna parte del estado. Era julio y el calor en la ciudad era insoportable, pero Grace disfrutaba con la soledad de la oficina y la ciudad completamente vacía. Sabía que no tenía derecho a vacaciones y tampoco las deseaba. La mayoría de sus antiguos compañeros y amigos estaban trabajando a destajo en los bufetes más prestigiosos del país y sus padres se encontraban de vacaciones en su casa de verano junto al mar. El único que le hacía compañía era su gato Sam.

Cuando estuvieron acomodadas y Grace soltó sus informes sobre una silla, sacó su móvil y buscó la opción de grabadora.

—¿Le importa si grabo la conversación? Necesitaré recordar los detalles para pasarlos al informe previo, antes de aceptar su caso. Además, nos obliga la asociación, para evitar demandas y trampas de grupos ultraconservadores.

—No me importa, puede grabar cuanto quiera —contestó la mujer.

El camarero llegó con dos cartas desgastadas por los lados y descoloridas, y sin dejar de sonreír les preguntó qué iban a beber.

—Una limonada —pidió Elda.

—Yo una Coca-Cola Zero —comentó Grace. Llevaba unas semanas intentando quitarse los cuatro kilos que había ganado con su vida de universitaria. No era sencillo. La mayor parte del tiempo comía fuera de casa y cuando lograba cenar en su apartamento estaba demasiado cansada para cocinar, por lo que terminaba pidiendo comida o recalentando algún plato precocinado.

Cuando el camarero se retiró, la mujer parecía más decidida a contar su historia, a pesar de que su cara reflejaba la angustia que le producía recordar su pasado.

—Mi nombre ya se lo he dicho. No sé si escuchó el caso de mi familia en las noticias, pero durante varios meses ocupó los titulares de radios, periódicos e informativos de la televisión.

Grace negó con la cabeza. Cinco años antes estaba tan ensimismada con la vida universitaria, y tan enamorada de un compañero de clase, que apenas hacía caso a las noticias.

—Bueno, es igual. Casi mejor que no sepa nada del caso, para que pueda escuchar de primera mano lo que sucedió.

El camarero trajo las bebidas y las dos mujeres pidieron unas tortillas mexicanas y nachos.

—Mi familia y yo vivimos en un pequeño pueblo al lado de la ciudad de Atlanta llamado Marietta, cuyo único atractivo es tener un cementerio militar muy visitado. Es una localidad muy tranquila y pacífica. Nuestro barrio es un bello lugar rodeado de bosques, de casas de madera gris y piedra con amplios jardines y avenidas. La comunidad se apoya mutuamente y son gente trabajadora, temerosa de Dios y hospitalaria. Mi casa estaba situada cerca de los lindes del bosque en uno de los extremos de la urbanización, y mi madre vivía justo en el otro extremo. Mi hermana Rose tiene una hija llamada Ivy. Como es enfermera en un hospital de Atlanta, algunas noches dejaba a su hija con mi madre, que desde que falleció mi padre vive sola.

—Pero, no entiendo. Nosotros defendemos a personas condenadas a cadena perpetua o a muerte, no a víctimas... —dijo Grace interrumpiendo a la mujer.

—Ya lo sé, precisamente por eso la he contactado.

—Perdone —dijo Grace. Después comenzó a comer las tortillas mexicanas mientras la mujer continuaba con su relato.

—Aquella maldita noche mi hermana dejó a mi sobrina Ivy en casa de mi madre. Las dos se acostaron temprano, después de cenar y ver dibujos animados. Ivy en aquel entonces tenía los ocho años recién cumplidos. A las dos o las tres de la madrugada Ivy se despertó: un hombre había entrado por la puerta principal, que estaba abierta. Cuando la niña salió de su habitación al escuchar el ruido, en mitad de las sombras observó cómo el desconocido estrangulaba a su abuela.

—¡Es horrible! —exclamó Grace, atragantándose con la comida.

—Aquel tipo, tras asesinar a mi madre a golpes, se dirigió a Ivy, que estaba totalmente paralizada por el terror. La aferró con fuerza y la introdujo de nuevo en la habitación.

Elda paró su relato unos instantes. Por la frente le caían gotas de sudor y su piel blanquecina estaba completamente roja. Todavía le afectaba aquella terrible historia y le quitaba el sueño.

—Tras violarla le golpeó la cabeza con una lámpara que había en la mesilla, hundiéndole media cara, y se marchó. Cuando amanecía la niña recuperó la consciencia. Al parecer aquel golpe, a pesar de ser grave, no había sido mortal. Ivy

salió del cuarto y vio a mi madre tumbada en medio de un charco de sangre. Traumatizada por el golpe y la violencia de aquella noche se dirigió a la casa del vecino para pedir ayuda.

—Es una historia terrible, pero sigo sin entender por qué quiere que la ayudemos en este caso.

—Mi sobrina acusó a mi marido de haber matado a mi madre y haberla violado después. Lleva quince años encerrado y dentro de un mes será asesinado con la inyección letal si no demuestro que él no fue el asesino.

Las palabras de Elda dejaron helada a la joven. Nunca había escuchado una historia igual, y mucho menos que la mujer del asesino y violador quisiera defenderlo a pesar de haber matado a su propia madre.

—Imagino lo que está pensado. Es muy fácil juzgar a la gente y condenarla, pero le aseguro que mi marido es inocente. Jack es incapaz de matar a una persona. He perdido a toda mi familia por defenderle, he tenido que mudarme de pueblo y buscar un nuevo trabajo, pero no puedo dejar que un hombre inocente muera.

—Le prometo que estudiaremos el caso...

—Todo el mundo dice lo mismo. Gracias por su tiempo. Este es el informe, aunque estoy segura de que no aceptarán un caso como este. Por desgracia, en un caso tan terrible parece que la presunción de inocencia no vale nada.

La mujer se puso en pie y miró a la joven con el ceño fruncido, pero su rostro expresaba más agotamiento y decepción que ira. Grace se quedó callada, miró cómo se alejaba de la mesa y después dirigió sus ojos al abultado informe que había sobre la mesa.

Llevaba un café en la mano y un maletín de cuero cargado de documentos. La noche había sido sofocante, pero de todas formas no hubiera podido dormir sin leer con detenimiento el informe del señor Jack Russell. Nunca había escuchado de un caso como ese. Las palabras de Elda la habían impactado, aunque después de leer todo el informe seguía creyendo que aquel hombre era un violador, un pederasta y un asesino.

Grace entró en el local; aquel día volvía de sus cortas vacaciones Glenda White, su jefa. Era una mujer de treinta años que vestía siempre como una *hippie* de los años sesenta. A pesar de su aspecto desenfadado, Glenda había trabajado en Washington casi una década con un senador del Partido Demócrata para intentar terminar con la pena de muerte en todo el país, pero desde hacía más de cinco había creado la asociación, consciente de que lo único que podía hacer era salvar a algunos pobres diablos de un sistema judicial injusto y desigual.

—Hola, Grace; parece que hoy se te han pegado un poco las sábanas —dijo la mujer sonriente. Su pelo rubio y rizado estaba recogido en una coleta y sus pómulos pecosos se contrajeron al sonreír a su colaboradora.

—Glen, no he dormido nada.

—Lo entiendo. Yo regresé anoche de Miami y no he podido pegar ojo por el

calor. Al menos en la costa corre algo de brisa por la noche.

—No ha sido por eso. ¿Te suena el caso de Atlanta contra Jack Russell? —preguntó Grace intentando introducir de una manera directa el caso que se le había presentado la noche anterior.

—¿Atlanta? Eso fue hace al menos seis o siete años. Un caso horrible de un hombre que asesinó a su suegra y violó a su sobrina.

—Ayer vino a verme su esposa. Dice que su marido es inocente; dentro de un mes le pondrán la inyección.

—Joder, no me digas que ha venido la señora Russell. Había oído algo de ella. Creo que ha apelado varias veces la condena a muerte de su esposo, pero sin resultado. No creo que se pueda hacer nada por él. Me temo que es culpable y en un mes no hay tiempo para organizar una nueva apelación...

—Nosotros no salvamos únicamente a los inocentes. Nos parece que la pena de muerte es terrible para todo el mundo. ¿Verdad? Al menos podríamos intentar que le rebajaran a cadena perpetua —dijo Grace enfadada.

—Querida, no sé cuál de las dos condenas es más cruel, pero no hay tiempo para nada. No hay caso.

—He leído que la única prueba que le incrimina es la declaración de su sobrina. En aquel entonces tenía ocho años y estaba traumatizada. Puede que estuviera confusa. Al parecer, encontraron restos del violador y tal vez la prueba de ADN diera algún resultado. Nadie se molestó en explicar por qué no coincidían, y al ver restos de ADN suyo por toda la casa y en las manos de la niña, se le acusó como único culpable y se le condenó sin más.

—Las pruebas de ADN en su cuerpo mostraban que había tocado a la niña.

—Claro que la había tocado, era su tío y había estado en la casa el día anterior. Jack tiene dos hijas y nunca ha sido acusado de abusos. Su vida había sido absolutamente intachable hasta aquel día. ¿No te parece muy raro? —preguntó Grace intentado despertar algo de interés en su jefa.

La mujer se levantó de su escritorio, se dirigió a uno de los viejos archivadores metálicos de color gris y abrió bruscamente todos los cajones uno por uno. Centenares de carpetas de cartón temblaron como hojas sacudidas por el viento.

—¿Ves todos estos casos? Jack es uno entre decenas de miles de casos. Será mejor que nos centremos en los que podemos sacar adelante. Cada fracaso es un paso atrás. No podemos gastar tiempo ni dinero en casos perdidos. Lo siento.

—Únicamente te pido una semana. Iré a Atlanta, interrogaré a la chica, hablaré con ese hombre, y si no hay alguna prueba sólida a la que aferrarse regresaré. Si no encuentro nada correré con los gastos. Todavía estoy pagando mi carrera y mi máster, pero te devolveré hasta el último dólar.

Glenda sonrió levemente. Aquella joven le recordaba a ella misma diez años atrás, cuando no conocía el desaliento y se creía capaz de salvar el mundo. Gracias a gente como ella la lucha contra la pena de muerte seguía viva. No sería ella la que le

causara la primera decepción.

—Está bien. Tienes cinco días lectivos. Hoy es viernes, puedes marcharte ahora mismo. El próximo viernes tendrás que mostrarme un caso bien argumentado, de lo contrario deberás abandonar la investigación.

—¡Gracias, jefa! —gritó Grace. Después se giró y salió corriendo hacia la puerta.

—No me llames jefa —bromeó Glenda mientras veía cómo aquella joven activista de pelo castaño, ojos miel y sonrisa perpetua salía corriendo de la oficina. Apenas había cruzado su empleada el umbral de la puerta cuando ya se había arrepentido de su generosidad. Terminaba de llegar de vacaciones y ahora debería asumir todo el trabajo atrasado ella sola.

CAPÍTULO 2

El Aeropuerto Internacional de Atlanta era uno de los más grandes del mundo y Grace tardó un buen rato en recorrer sus pasillos antes de salir al sofocante aparcamiento donde medio centenar de taxis esperaban ansiosos nuevos clientes. La joven apenas llevaba equipaje, solo una maleta pequeña con dos vestidos, unos zapatos y su ordenador portátil. Durante el vuelo no había dejado de pensar en el caso. Lo cierto es que no parecía que hubiera muchas esperanzas de encontrar al culpable ni demostrar la inocencia de su cliente. Lo único que podía variar en parte la ejecución era la declaración de Ivy, la sobrina de Elda. Aunque después de quince años el testimonio de la joven apenas tendría validez. Grace se conformaba con retrasar la ejecución y ganar más tiempo para continuar investigando, pero no quería hacerse demasiadas ilusiones.

El taxi le llevó hasta Baymont Inn, un hotel barato de Marietta. No pensaba pasar allí mucho tiempo. La estancia era por cuatro noches e intentaría aprovechar aquellos días al máximo. Esa misma noche cenaría con Elda. Las dos tenían que planificar las visitas y las citas de aquellos días. Además de intentar hablar con Ivy al día siguiente, Grace quería entrevistar en la penitenciaría de Atlanta a Jack, tomar declaración a Elda, interrogar a la vecina de las víctimas que había llevado a la niña al hospital, a los médicos que la atendieron y al agente que había llevado el caso.

Grace dejó la maleta al lado de la cama, sacó el ordenador e intentó organizarse lo mejor posible. Media hora más tarde se había quedado completamente dormida. Cuando se despertó ya era casi la hora de la cena. Se duchó rápidamente y se cambió de ropa, después bajó las escaleras metálicas hasta la entrada principal y esperó bajo la bochornosa noche de Atlanta a que llegara Elda.

Cuando el Ford de Elda paró frente al hotel, Grace subió rápidamente. Estaba completamente sudada, pero el aire que entraba por las ventanillas abiertas al menos alivió un poco del bochorno.

—Hubo épocas en las que me fueron mejor las cosas —se excusó la mujer, que era consciente del lamentable estado de su coche.

—Lo comprendo. Lo importante es poder moverse. Yo todavía no he podido comprarme un coche. Tengo demasiadas deudas que pagar, cada vez es más caro estudiar en la universidad —dijo Grace sonriente, aunque a veces las deudas la angustiaban un poco. Sus amigos cobraban sueldos muy altos a pesar de ser becarios y abogados contratados, pero ella apenas cubría sus gastos y lograba pagar el crédito de sus estudios. Sus padres habían dejado de apoyarla a propósito, para que se olvidara de la asociación y buscara un trabajo decente. Su madre, Mary, la había aconsejado que se dedicara a aquel tipo de trabajo en su tiempo libre, pero ella había decidido luchar por aquello que creía.

—Después de quince años pagando abogados nos hemos gastado nuestros planes de pensiones, los ahorros de toda una vida y la casa que teníamos en la ciudad.

Además, mis hijas tenían que estudiar en la universidad, pero no pudieron. Afortunadamente ahora se están sacando sus carreras mientras trabajan.

La mujer tragó saliva antes de continuar. Lo que aquella fatídica noche le había pasado a su familia les había destrozado la vida para siempre. Lo habían perdido todo.

—No podemos reparar todo ese tiempo, ni cambiar las cosas, pero si su esposo es inocente haré todo lo que esté en mi mano para que no muera.

—Gracias —dijo la mujer mientras aparcaban cerca de la entrada de un restaurante.

Las dos mujeres entraron en la sala totalmente llena. Era la noche del sábado y el local estaba más animado que de costumbre. Dentro del restaurante no hacía calor y Grace sintió que por fin podría recuperarse del calor sofocante de las últimas horas.

—He logrado que mañana pueda visitar a mi marido. Aún puede recibir visitas. Dentro de un par de semanas únicamente yo podré entrar a verle.

—Había pensado ver antes a su sobrina. Ella es la única testigo y quería que me informara antes de conocer la versión de su marido.

—Lo siento, pero al ser domingo mañana las visitas a los presos son más fáciles. Puedo intentar cambiarlo —comentó la mujer.

—No, no importa; veré a Ivy al día siguiente. ¿Podría hablar también con su hermana y sus hijas?

—No creo que ellas puedan decirle mucho —dijo Elda algo molesta. Sabía perfectamente que su hermana odiaba a Jake y le consideraba culpable del asesinato de su madre y la violación de su hija.

—Nunca se sabe. Muchas veces es más importante lo que alguien calla que lo que dice. Tu hermana era enfermera y no estaba casada en ese momento, puede que un novio despechado intentara vengarse.

—No creo que alguien sea capaz de hacer una cosa así por despecho —comentó Elda.

—Llevo poco tiempo en esto, pero te aseguro que hay gente capaz de hacer cualquier cosa para dañar a otra persona —dijo Grace, que en unos pocos meses había leído casi un centenar de informes sobre todo tipo de crímenes.

Las dos mujeres comenzaron a cenar lentamente y durante un tiempo permanecieron en silencio, como si necesitaran meditar en todo lo que habían conversado.

—¿Puedo preguntarte qué pasó esa noche? ¿Dónde estabais Jack y tú? ¿Cuál fue la última vez que viste a tu madre con vida? ¿Te comentó algo extraño? ¿Se sentía amenazada?

Elda se quedó con el tenedor en la boca y los ojos mirando al techo. Después tragó tranquilamente y comenzó a hablar.

—Mi madre se sentía muy segura. A pesar de ser viuda no tenía miedo a nada. De hecho, ni siquiera poseía un arma. Ya te comenté que dejó la puerta principal abierta

y la mayoría de las ventanas, debido al calor, estaban bajadas. Nuestra urbanización era muy tranquila. En el verano del año 2000 la economía marchaba más o menos bien, todavía no se habían producido los atentados de Nueva York y el mundo parecía un lugar seguro. Yo siempre le decía que cerrara todo; en Atlanta hay mucha gente pobre que intenta buscarse la vida robando y una anciana solitaria era un objetivo fácil.

—Entiendo.

—Esa noche era muy calurosa. Mi esposo y yo habíamos visto la televisión hasta las diez y después nos acostamos. Nos despertó el teléfono cuando mi hermana nos llamó. Es todo lo que puedo recordar.

Grace paró un momento el móvil, para que dejase de grabar. Creía que Elda no se sentía segura con él y de esa manera sería incapaz de ser totalmente sincera.

—Lo que me cuentes no va a perjudicar a Jack, pero si ocultas algo no podremos saber la verdad.

La mujer se limpió la boca con la servilleta y tomó algo de agua. Después respiró hondo e intentó tranquilizarse un poco.

—Jack llegó muy tarde aquella noche, estaba sudado y algo nervioso. Cuando le pregunté qué le había pasado me comentó que se le había pinchado una rueda al regresar del trabajo. Para colmo le acababan de despedir y se fue a tomar unas cervezas para pasar el mal trago.

—¿Se lo contaste a la policía?

—No, pensé que si lo hacía ya no quedaría duda de que era culpable —dijo con el gesto angustiado.

—Tendrías que haberles contado la verdad, sobre todo cuando estás bajo juramento.

—Jack ha sido un padre y esposo excelente. Nunca ha sido violento. Nos conocemos desde los dieciséis años. Mi marido apreciaba mucho a mi madre y adoraba a Ivy, ¿por qué les iba a hacer daño? No tiene sentido.

—Nunca conocemos del todo a una persona —dijo Grace.

—Te aseguro que él no fue.

—Entonces, ¿por qué tu sobrina le acusó? —preguntó la joven, que sentía que por primera vez Elda estaba siendo sincera del todo.

—La policía quería un culpable rápido. El *sheriff* se presentaba a la reelección y un caso así podía salpicarle. La reputación de Atlanta quedó por los suelos. Los juegos olímpicos del 1996 habían puesto la ciudad en el mapa y este horrendo crimen estaba destruyendo la reputación del departamento y de las autoridades municipales.

—¿Entonces crees que se resolvió tan rápidamente el caso por intereses políticos?

—Sí, eso creo. Pero tú misma podrás hablar con los agentes que llevaron el caso. Uno de ellos, Philip Red, nunca estuvo de acuerdo con las pruebas presentadas —dijo Elda.

—He leído que las únicas pruebas fueron algunas huellas encontradas y el hecho

de que nadie más que tú pudiera corroborar su coartada.

—Sí, con eso fue suficiente para condenarle a muerte.

—Son pruebas circunstanciales. No lograron esgrimir un motivo. No había intereses económicos, tampoco deseo de venganza, celos o las motivaciones clásicas para cometer asesinatos. Además, está lo de la violación. ¿Por qué violar a una pobre niña? —preguntó Grace a sabiendas de que Elda no podía responder a esa pregunta.

—Mi teoría es que dos ladrones entraron en la casa para robar, pero uno de ellos, seguramente un depravado, decidió violar a la niña antes de matarla, para que no testificara contra él —comentó Elda.

—Pero en la declaración de Ivy solo se habla de un hombre.

—Puede que no viera al segundo. Estaba oscuro, la niña terminaba de ser testigo del asesinato de su abuela y tenía apenas ocho años.

—Sí, pero ver a dos asaltantes no es precisamente algo que pudiera olvidar. ¿Por qué acusó a Jack? Me ha comentado que se querían mucho.

La mujer hizo una larga pausa. Ella misma se había preguntado eso mismo muchas veces. ¿Por qué Ivy acusó a su tío preferido? A una de las personas que más quería en el mundo. Aquello era lo único que le hacía dudar a veces de la inocencia de su marido.

—Lo único que se me ocurre es que viera o escuchara una voz conocida y pensara que era la de Jack —respondió por fin la mujer.

—Es posible —dijo Grace, aunque tenía serias dudas.

—La visita es mañana a la diez de la mañana; te recogeré en el hotel a las nueve. Prefiero llegar pronto. Por la tarde intentaré que veas a mis hijas.

—Estupendo. No quiero darte falsas esperanzas, pero creo que hay una pequeña posibilidad. No tanto de demostrar que es inocente como de lograr que se revoque la ejecución al no haber pruebas incriminatorias definitivas.

—Gracias —dijo Elda mientras comenzaban a aguársele los ojos.

En muchos sentidos, hacía tiempo que había perdido toda esperanza, pero Grace parecía apenas un rayo de luz en medio de la oscuridad de los últimos años.

Cuando abandonaron el local todavía estaba casi repleto de gente. La noche era joven, pero las dos se sentían agotadas. La conversación había sido más dura y difícil de lo que podía parecer a simple vista.

Elda dejó a la joven en su hotel; la joven caminó despacio hasta las escaleras. Sus dudas, más que atenuarse, se habían acrecentado. Necesitaba creer en Jack Russell y su esposa Elda. No podía intentar liberar a alguien de la cárcel sin estar completamente segura de su inocencia. Subió por las escaleras y abrió la puerta de su habitación, pero antes de que pudiera entrar escuchó una voz a su espalda que hizo que se le erizara el bello de la nuca y el corazón se le acelerará a mil.

CAPÍTULO 3

La mujer la miró desde la sombra del pasillo y comenzó a insultarla. Grace reaccionó intentado cerrar la puerta, pero la intrusa fue más rápida y cruzó el pie. La joven comenzó a ponerse nerviosa de verdad, intentó empujar con más fuerza, pero la mujer frenó con la palma de la mano el intento. Notó cómo el corazón le latía a mil por hora, pero intentó sosegar y tomar el control de la situación.

—¿Se puede saber qué le pasa? No la conozco de nada.

—Usted es una de esas abogadas activistas metomentodo que piensan que van a dar una lección a los palurdos del sur.

—Señora, yo soy del sur. No entiendo qué quiere, y si no se marcha tendré que llamar a la policía.

La mujer comenzó sosegar por fin, pero sin dejar de mirar con sus ojos desorbitados a Grace.

—Soy Lea, la hermana de Elda. Sé que ha venido para intentar parar la ejecución del «innombrable». Ese asesino y violador de niñas deber morir. Hace quince años destrozó a mi familia y todavía sigue torturándome. No descansaré hasta que le vea muerto.

—Pensaba hablar con usted. Nosotros no ayudamos a gente culpable, únicamente inocente, aunque pensamos que nadie merece morir como un perro por medio de una inyección o la silla eléctrica.

—Eso es fácil de decir cuando nadie ha matado a tu madre y ha violado a tu niña...

La mujer comenzó a llorar. Primero fue un llanto ahogado, pero poco a poco se fue derrumbando, hasta que apoyo la cabeza en la puerta.

Grace tuvo la tentación de abrazarla, pero no estaba segura de lo que era capaz una mujer en su situación. Prefirió tranquilizarla con unas palabras amables y prometerle que la vería un par de días después.

—Lo siento, no debí pagarlo con usted. La ejecución dentro de un mes ha vuelto a revolver muchos sentimientos en mi corazón. Espero que logre entenderlo.

—No se angustie. Imagino que yo sentiría algo parecido si estuviera en su lugar.

—Jack Russell es un asesino. Lo supe el primer día que lo conocí. Mi hermana me lo presentó cuando aún estaban en el instituto. Llevaba la marca de perdedor grabada a fuego en la frente. Ella dice que ha sido muy feliz con él, pero la verdad es que es un borracho, un vago y un tipo violento. No me extrañaría que le hubiera hecho algo a sus propias hijas. Un tipo como él es capaz de cualquier cosa.

—Será mejor que se marche. La iré a ver a su casa. También me gustaría hablar con su hija...

—¿Hablar con Ivy? No, es mejor que la deje en paz.

—¿No quiere asegurarse de que matan al hombre correcto? Imagine que el verdadero asesino sigue a sus anchas matando a gente. Por usted y por su hija, debe

estar cien por cien segura. Además, ¿por qué iba a matar a su madre y violar a su hija su propio cuñado?

—¿Puedo entrar? Necesito un vaso de agua y tranquilizarme un poco.

Grace dudó por unos instantes. La mujer parecía mucho más tranquila, pero nada le garantizaba que no le volviera a dar otro ataque de histeria. No era la primera vez que el familiar de una víctima pegaba a un activista contra la pena de muerte, pero decidió asumir el riesgo. Era mejor tener a aquella mujer de su parte; al fin y al cabo, ella podía influir en su hija e impedir que pudiera interrogarla. Para aquel caso era vital hablar con la única testigo viva.

La mujer entró y se sentó en la cama. Grace abrió una botella de agua de la nevera del minibar y se la ofreció a la mujer.

—Muchas gracias —dijo después de beberse casi la mitad del contenido—. Me siento avergonzada por mi comportamiento. Nunca pierdo los estribos, pero cuando supe lo que estaba intentando hacer mi hermana me enfadé. Desde hacía poco más de un año había dejado de buscar abogados e intentar salvar a su marido, pero cuando se enteró de la sentencia se volvió como loca. En los últimos meses habíamos vuelto a hablar y parecía que al final nuestra relación se normalizaba, pero esto es inadmisible. ¿Cómo puede anteponer la vida de un asesino a su propia familia?

—Imagino que está convencida de que es inocente.

—¿Inocente? Aquel día le habían echado del trabajo, mi hermana y él estaban asfixiados por las deudas. Mi madre les había prestado mucho dinero, pero no quiso dar ni un dólar más a su familia y creo que por eso la mató. Aquella noche le fue a pedir dinero, estoy segura.

—Pero, ¿por qué hacerle daño a la niña?

Lea frunció el ceño. Tenía la sensación de que Grace estaba intentando defender al violador de su hija. Llevaba años protegiéndola e intentando que superara todo aquello. Ivy había tenido muchas secuelas psicológicas y físicas, nunca había vuelto a ser la misma. Durante años la había llevado a psicólogos y psiquiatras, además de pagar de su bolsillo algunas intervenciones estéticas para intentar recomponer su rostro destrozado. Sabía que ya no podía hacer nada más por ella, pero lo último que deseaba es que volviera a revivir todo de nuevo.

—Es cierto que mi cuñado era muy cariñoso con ella, pero muchas veces me he preguntado si era verdadero cariño o simplemente intentaba abusar de ella.

Las palabras de la mujer sonaron absolutamente sinceras, pero Grace percibió una profunda desazón en Lea. Su vida se había centrado en odiar a Jack, él era el centro de todos sus problemas y frustraciones. Si quedaba en libertad, si se demostraba su inocencia, eso significaría que además de su inmenso dolor había odiado a la persona equivocada y procurado su destrucción. Su mente no era capaz de soportar algo así.

—¿Qué sucedió aquella noche? ¿Cómo dejó a su hija y su madre? ¿Notó algo raro? ¿Cuándo recibió la noticia?

—Me cuesta recordar. Es tan doloroso... —comentó la mujer agachando la

cabeza.

—Lo sé, pero es vital que recuerde.

—Yo tenía turno de noche. Creo que era jueves; tenía que irme a las ocho para entrar a trabajar a las nueve. Ese día habíamos estado en el centro comercial comprando algo de ropa y habíamos comido en una hamburguesería. Ivy parecía muy feliz. Después fuimos a casa de mi madre con una bolsa de deporte en la que estaba el pijama de mi hija y su osito. Tomé un té antes de irme y me marché completamente tranquila. No podía imaginar lo que iba a suceder. Nadie puede pensar que unas horas más tarde tu madre sería brutalmente asesinada y tu hija violada.

—¿No vio a nadie merodeando por la casa? ¿Se habían producido robos o asaltos por la zona? —preguntó Grace. A veces los testigos recordaban años después cosas que en su momento habían pasado por alto debido al estrés que les había producido la muerte de un ser querido.

—No, todo parecía normal. Aquella zona de la ciudad era muy tranquila.

—¿Estaba manteniendo una relación con alguien? ¿Se veía con compañeros o amigos?

Lea se puso muy seria de nuevo, y después se quedó en silencio, pero esta vez no pensaba, simplemente parecía que no deseaba contestar esa pregunta.

—No quiero entrometerme en su vida privada, pero un amante despechado es capaz de hacer cosas terribles.

—Yo siempre me he relacionado con gente equilibrada y normal. Personal del hospital, sobre todo doctores. Hace quince años llevaba muy poco tiempo viuda y estaba centrada en mi hija. La única persona que vi un par de veces fue a un enfermero francés llamado Michael. Después él regresó a su país y perdimos el contacto.

—¿Michael...?

—No recuerdo el apellido, fue hace mucho tiempo. Pero imagino que el hospital guardará alguna información sobre su etapa en Estados Unidos.

—Gracias. Ese hombre, Michael, ¿llegó a conocer a su hija?

—Una vez vino con nosotras a la piscina, pero fue la única vez —contestó algo tensa la mujer. La respuesta no fue del todo clara, como si Lea hubiera tenido que elaborarla en el momento e intentara ocultar algo.

Grace era consciente de que aquella noche no podría averiguar nada más. Aunque al menos había logrado que Lea bajara sus defensas y pareciera dispuesta a colaborar. Esperaba que no entorpeciera el encuentro con Ivy. Para una víctima era muy difícil recordar una situación tan traumática, pero si encima sus familiares se oponían, normalmente optaban por no declarar.

—Muchas gracias por hablar conmigo —dijo Grace, intentando despedir a la mujer de manera suave.

—Lamento lo ocurrido, últimamente todo esto me ha tenido muy alterada. No volverá a suceder. No me opondré a que hable con mi hija. Lo único que le pido es

que sea muy cuidadosa, es una chica muy frágil.

—No se preocupe. La trataré como si fuera mi propia hermana.

La mujer se puso en pie y se dirigió a la entrada. Giró el pie y se quedó justo debajo del umbral.

—La muerte siempre nos acosa. En ocasiones nos sentimos a salvo, pero ella viene a recordarnos que tarde o temprano nos arrebatará lo que más queremos. Ahora está usando a Jack de nuevo. Espero que esta vez no toque a ninguno de los míos.

Las palabras de Lea se quedaron grabadas en la mente de Grace. Ella nunca había perdido a un ser querido, pero tenía un profundo temor a la muerte. Por otro lado, aquel oscuro sendero del más allá siempre le había atraído. Se dedicaba a rescatar a gente del corredor de la muerte, pero sabía que para conseguirlo a veces había que caminar demasiado cerca de su pestilente aroma.

CAPÍTULO 4

En cuanto se tumbó en la cama se quedó profundamente dormida. El día había sido agotador. Le quedaban tres días más de emociones fuertes. Se duchó con rapidez, se secó el pelo y se puso una ropa discreta y holgada. No era buena idea presentarse en una cárcel con un vestido sugerente. Cuando llegó a la entrada del hotel Elda ya estaba esperándola. Dudó si contarle lo sucedido la noche anterior, pero era consciente de que tarde o temprano se enteraría y que era mejor que ella le explicase lo ocurrido.

El coche se puso en marcha. Las calles estaban tranquilas y a pesar de ser temprano ya hacía bochorno.

—Ayer estuvo tu hermana Lea en mi habitación —dijo la joven sin más rodeos.

—¿Mi hermana estuvo aquí? —preguntó la mujer girándose completamente.

—Sí, parecía muy alterada, pero luego se tranquilizó y estuvimos hablando.

—Imagino las mentiras que te habrá contado. Ella creí que fue Jack y no ha dejado de acusarme todos estos años de protegerle. ¿Cómo puede pensar que yo ayudaría o defendería al asesino de mi madre? No pensé que se atreviera a tanto.

Se hizo un tenso silencio y Grace valoró continuar con la conversación. Sabía que parte de la información que le había proporcionado Lea era cierta y tenía la oportunidad de aclarar algunas cosas.

—Me comentó que estabais atravesando problemas económicos, que habíais pedido dinero a tu madre en varias ocasiones. ¿Es eso cierto?

—Todos hemos atravesado problemas económicos. Ella dejaba a su hija casi todos los días en casa de mi madre, esto también era una ayuda económica. ¿No?

—No voy a discutir sobre vuestras relaciones. Simplemente te pregunto: ¿tenías problemas económicos en el momento del asesinato?

—Sí, ya te comenté que habían echado a mi marido del trabajo. Jack no era capaz de conservar durante mucho tiempo un maldito puesto. Es muy buena persona, pero no aguanta que le den órdenes. Se rebelaba ante sus jefes y terminaba de patitas en la calle.

—Entiendo.

—Mi madre nos prestó dinero un par de veces, pero nada más.

—¿Pudo ir Jack esa noche a pedirle dinero a tu madre? —preguntó Grace a sabiendas de que Elda se iba a poner como una furia.

—¡No, esa noche se fue a beber! Una decisión lógica en una persona que ha perdido su trabajo. ¿No crees?

—Yo no bebo.

—Bueno, la mayoría de la gente lo hace. Sobre todo los hombres...

—¿El alcohol no le pudo envalentonar y hacer que se dirigiera a casa de tu madre? A veces puede convertirnos en personas diferentes a las que somos cuando estamos sobrios.

—Cuando Jack bebía se deprimía, pero nunca le vi agresivo ni violento. Tampoco imagino que fuera a las tantas de la mañana para hablar con mi madre. Ningún vecino le vio. Mi marido quería mucho a Ivy, si se hubiera presentado en la casa en plena noche la habría asustado —dijo Elda claramente alterada. Poco a poco subía el tono de voz y comenzaba a ponerse algo histérica.

—Pero eso puede que explique las huellas que encontraron.

—Dos días antes estuvimos visitando a mi madre. Es lógico que las huellas de Jack estuvieran por toda la casa.

—Pero también había huellas tuyas en la lámpara de hierro que usaron para matar a tu madre e intentar asesinar a tu sobrina. ¿Jack también tocó esa lámpara?

—Seguramente. Se encontraba en el salón de la casa, todos la hemos encendido o apagado alguna vez —contestó Elda, que había utilizado durante años aquellos argumentos para defender a su marido.

—Espero que Jack me aclare todas esas dudas. ¿Qué sabes de los vecinos? ¿Alguien quería mal a tu madre?

—No, todos la trataban como si fuera la abuela de la comunidad.

El resto del camino lo hicieron en silencio. Elda parecía molesta, aunque la intención de Grace era simplemente aclarar los hechos y buscar pruebas para librar a su marido de la muerte.

Aparcaron en el amplio espacio asfaltado al lado de la cárcel. El aparcamiento estaba casi completo, lo que indicaba que la zona de visitantes estaba abarrotada, aunque al tener hora, no tenían por qué esperar mucho.

Las dos mujeres llegaron al primer control. Una policía les pidió la documentación y la autorización de la visita. Después entraron por un arco de detección de armas. Ya habían dejado sus teléfonos y bolsos en una taquilla. Lo único que llevaba Grace era un pequeño blog de notas y un lapicero.

Caminaron hasta un segundo control. Allí se había formado una larga fila, pero un funcionario llamaba por nombre a los familiares. Cuando Elda escuchó su nombre se digirió rápidamente a la puerta. Grace tuvo que seguirla esquivando a la multitud.

—¿Es usted Elda Russell?

—Sí, esta es mi abogada Grace Sanders.

—Tienen media hora.

—Gracias —dijo la mujer entrando en el largo pasillo. A un lado había amplios ventanales cubiertos de mallas de alambre, al otro una mesa larga con un cristal que aislaba a los presos de los familiares. La mayoría de ellos eran peligrosos, por eso tenían cabinas individuales y sus manos estaban atadas al mostrador, lo que les dificultaba tomar el teléfono de comunicación.

Tuvieron que recorrer doce metros antes de llegar a la silla vacía. Grace se giró y observó con detalle el rostro de Jack. No quería juzgar por su primera impresión, pero era inevitable que el resto del hombre le diera información de su alma. Aunque un preso condenado a muerte y encerrado durante quince años no podía mantener una

actitud muy positiva. El ambiente carcelario era terrible, mucho más cuando encima eras inocente.

Jack sonrió a su esposa. Sus ojos negros estaban casi hundidos, la frente surcada por arrugas profundas, la piel pálida y el poco pelo que conservaba lo llevaba peinado hacia atrás. Parecía delgado y mostraba una actitud decaída, aunque se notaba que estaba haciendo un esfuerzo para contentar a su mujer.

—Cariño, he conseguido traerte a la abogada. Déjame que te presente: esta es Grace Sanders, ha venido desde Austin para hablar contigo. No quiere darnos demasiadas esperanzas, pero por lo menos se ha comprometido a revisar tu caso y si encuentra algunas pruebas, pedir el aplazamiento de...

—Gracias cariño, pero creo que ya no merece la pena.

El rostro de Jack parecía tan abatido que Grace se agachó y acercó su hermoso rostro de nariz respingona, pecas, profundos ojos claros y descuidado peinado.

—Señor Russell, estoy aquí para intentar parar la sentencia. Sé que se encuentra agotado. Es normal, pero nadie debería pasar por lo que usted está pasando. Déjeme que le ayude.

El hombre se la quedó mirando sin abrir la boca. Aquella joven no era como el resto de abogados que había tenido antes. Había algo en su mirada, en la expresión de su cara, en su manera de hablar, que le hizo pensar en un ángel. Llevaba varios años asistiendo a la capilla de la cárcel, leyendo la Biblia e intentando ponerse a buenas con Dios. Se sentía furioso y angustiado, pero al menos, mientras oraba al aire de las paredes desnudas de su celda, no se sentía tan solo.

—Gracias, señorita, pero creo que ya es demasiado tarde. Siento que mi esposa le haya hecho venir desde tan lejos para nada.

—Yo puedo irme a casa esta misma tarde, no es una molestia para mí. Lo que pasó aquella noche hizo daño a mucha gente. Truncó su vida y la de su familia. Creo que todos merecen saber la verdad. Puede que no logremos salvarle, pero tal vez seamos capaces de producir un poco de paz en el corazón de las personas que le quieren.

Jack no había pensado en ello. A veces la verdad consigue mucho más que brillar y cambiar una sentencia injusta. Sobre todo, es liberadora, destruye la maldad que se apodera de la vida de las personas y rompe el ciclo del odio en el que las víctimas se quedan atrapadas.

—Está bien. No creo que sirva para cambiar nada, pero lo intentaré por Elda. Ella lleva luchando por mí mucho tiempo. Merece que respete sus deseos.

—Me gustaría interrogarle a solas. Sé que desea estar el mayor tiempo posible con su mujer, pero las entrevistas son individuales.

—No hay ningún problema. Yo me quedaré fuera esperando —dijo Elda antes de que su marido pudiera contestar. Después pegó la palma de su mano al cristal sucio y lleno de huellas. Él intentó alargar la suya, pero apenas pudo colocar un par de dedos en el cristal.

Elda caminó por el pasillo mientras su esposo no dejaba de observarla. Cuando al fin se perdió por la puerta, Jack giró la cabeza y miró directamente a los ojos de la joven.

—Nos quedan veinte minutos. Intentaré ser muy directa. Estas entrevistas suelen hacerse en un lugar más privado y son más extensas, pero dadas las circunstancias...

—No se preocupe. Cuando llevas quince años rodeado de gente desde que te despiertas hasta que te acuestas, terminas por ignorarlos, como si fueran la decoración de tu vida. Ya me entiende. Lo único que agradezco de la condena a muerte son los quince días que estaré completamente aislado. La soledad puede ser una recompensa.

—Sí, imagino que ha tenido mucho tiempo para pensar. ¿Hay alguna cosa que haya recordado después de su declaración? Le pido que sea totalmente sincero. Soy su abogada, no estoy aquí para juzgarle. Nada de lo que me cuente lo sabrán jamás su esposa e hijas. Pero hay detalles que podrían salvarle la vida —dijo Grace muy seria. No quería divagar, pero ante todo era consciente de que con el paso del tiempo el ser humano tiende a enmascarar sus recuerdos y a justificar la mayor parte de sus actos.

—Ese día fue uno de los peores de mi vida. Cuando comenzó parecía un jueves más. Trabajaba en un concesionario de coches; casi toda mi vida la he dedicado a la venta. No terminé mis estudios, a pesar de ser buen estudiante. La mala relación con mi padre hizo que intentara buscarme la vida muy pronto. Mi padre tenía un bar en el centro de la ciudad. De niño pasaba muchas horas allí, aunque al venderse alcohol supuestamente no podía estar. Aunque antiguamente las leyes eran mucho más permisivas con esas cosas. Todo el mundo conocía a mi padre y nadie le iba a decir nada. A los diecisiete me había ido de casa y vivía de mi exiguo sueldo de vendedor de libros. Un año más tarde Elda y yo nos habíamos casado por lo civil, sin ceremonia ni celebración. Siempre he sentido el no haberle dado mejor vida a mi esposa.

—¿Se conocieron en el instituto?

—Sí, ella era un par de años más joven que yo. Tenía diecisiete recién cumplidos cuando nos casamos. Sus padres se pusieron furiosos, pero Elda estaba embarazada de la mayor y nos queríamos. ¿Para qué íbamos a esperar más?

—¿Porque era menor de edad?

—Era legal, eso es lo que importaba. Pero no creo que interese toda nuestra vida. Me centraré en lo que pasó ese día —dijo Jack muy serio.

—Perfecto.

—Aquella tarde, después de vender tres coches, mi jefe me llamó al despacho. Era un tipo gordo y calvo con camisa de vaquero y gorro tejano, que siempre tenía un palillo en la boca y un aliento de mil diablos. Me recibió con los pies sobre el escritorio y los brazos detrás de la nuca. Sonrió al verme, me felicitó por las ventas y después me dijo que recogiera mis cosas. En unos días recibiría mi indemnización. Le pregunté por qué me echaba y contestó que por insultos y amenazas. Hacía pocos días

los dos habíamos discutido. Yo le había pedido un adelanto del sueldo y él se negó. Desde entonces buscaba la oportunidad para echarme a la calle. Salí de aquel antro totalmente desmoralizado. Llevábamos una buena racha, íbamos a cambiar de coche y Elda quería dedicarse a las niñas, pero de nuevo estábamos sin nada. Fui a casa, cenamos y me acosté.

Grace frunció los labios. Había confiado en la sinceridad de su cliente. Estaba a un paso de la muerte, pero seguía mintiendo.

—Creí que iba a contarme la verdad.

—Esa es la verdad —dijo Jack desafiante.

—Esa es la declaración oficial, pero los dos sabemos que no es la verdad.

Jack levantó sus manos esposadas y señaló con el dedo índice a la joven.

—¿Me está llamando mentiroso?

—Dígame usted.

—Está bien. Que importa ya. No me puede ir peor que hasta ahora. Después de salir del bar tomé el coche. Estaba muy borracho. Me había gastado hasta el último centavo y me daba vergüenza regresar a casa. Mi esposa necesitaba dinero para comprar al día siguiente, la nevera estaba vacía y yo estaba desesperado. Norma a veces nos echaba una mano. Lo hacía en secreto porque Lea, la hermana de Elda, se ponía furiosa. Me dirigí a la casa. Todo parecía en silencio. La puerta estaba entornada. Entré sin llamar y vi todo —Jack cerró los ojos y por unos instantes todas las capas de dureza que había acumulado a lo largo del tiempo se desvanecieron.

—¿Qué vio? —preguntó Grace impaciente. Por primera vez se creía la versión del hombre. Jack estaba a punto de abrir su corazón y desvelar el secreto que llevaba carcomiéndole quince años.

—Estaba en el suelo con la cabeza destrozada, la sangre parecía negra a la luz de la luna, sus ojos estaban abiertos con una expresión horrible. No he podido borrar esa escena en toda mi vida. Pensé en salir corriendo, pero sabía que Ivy estaba esa noche con ella. Me dirigí a su habitación; la puerta también estaba abierta. No había mucha luz, pero se intuía el cuerpo de la niña sobre la cama. También había mucha sangre y una lámpara al lado. La toqué para encenderla, pero en ese momento me asusté. Creía que las dos estaban muertas, me encontraba mareado y me entró el pánico. Salí corriendo y me fui en el coche. Al llegar a casa me tomé dos pastillas para dormir. Cuando mi mujer me despertó a las siete de la mañana apenas me sostenía en pie y no recordaba mucho de la noche anterior. Después fuimos al hospital...

—¿Habló con Ivy? ¿Le dijo algo?

—Puede que la llamara por su nombre. No recuerdo bien.

—Eso explicaría sus huellas en la lámpara y que la niña declarara que le había visto aquella noche en la casa. Si hubiera declarado la verdad, tal vez...

—¿La verdad? A la policía no le interesaba la verdad. Mis huellas estaban en el arma homicida, la principal testigo me acusaba. El jefe de policía quería resolver el caso cuanto antes.

—Todas las pruebas apuntaban a usted, sin duda. ¿A qué hora fue a la casa? Eso nos ayudaría a determinar cuándo se cometieron esas atrocidades.

—No estoy seguro, pero creo que debían ser en torno a la una de la madrugada.

—Lea se fue de la casa a las ocho, son cinco horas. Mucho margen de tiempo —dijo Grace. Después se tocó la nariz con el lapicero y le preguntó al hombre—: ¿Tocó el cadáver de su suegra? ¿Estaba caliente? ¿Se fijó si la sangre parecía líquida o coagulada? Con el calor se tuvo que solidificar pronto.

—Parecía seca, aunque no puedo asegurarlo cien por cien. No toqué a mi suegra. Me encontraba muy asustado.

—¿Por qué no llamó a la policía?

—Pensé que estaban muertas y creí que era mejor que las encontrara la policía. No podía ni imaginar que Ivy había sobrevivido. Tenía media cara destrozada.

Grace terminó de anotar las últimas palabras y miró de nuevo a Jack. Su cara había recuperado cierta viveza.

—¿Recuerda a algún vecino o familiar que se llevara mal con Norma?

—No, con Norma no recuerdo a nadie.

—Creo que es todo. Intentaré volver a verle antes de regresar a Texas. Muchas gracias por su colaboración.

—Gracias a usted por venir desde tan lejos para defenderme. No lo merezco, no socorrí a mi propia familia. Me comporté como un verdadero cobarde. Tal vez merezca todo lo que me pasó. No fui un buen esposo, padre ni yerno. Creo que merezco morir —dijo el hombre mientras sus ojos se aguaban.

—Usted no les hizo daño. Fue otra persona. No merece estar aquí. Tenemos que hacer justicia, señor Russell. La verdad debe salir a la luz, pero no intente ocultarla otra vez. Puede que en algunos momentos ser sinceros nos cause problemas, pero es el único camino hacia la libertad.

CAPÍTULO 5

Durante el camino de vuelta Elda intentó por todos los medios sacarle información a Grace, pero esta se limitó a sonreír y comentarle que ya le contaría todo cuando tuviera las ideas claras. Por la tarde tenía prevista una entrevista con las hijas de la mujer y, por lo que esta le había contado, al día siguiente por la tarde vería a Ivy. Por la mañana se acercarán a la casa donde se cometieron los crímenes y entrevistarán a un par de vecinos que continuaban viviendo cerca de la casa.

Elda insistió en que comieran juntas, pero Grace quería descansar y aclarar las ideas. Después de entrar en el hotel cogió un sándwich vegetal de una máquina y una bebida y se dirigió a su cuarto. Estuvo revisado sus notas mientras comía y después las pasó al ordenador. El poder transcribirlas la ayudó a aclarar aún más sus ideas. Después dejó el portátil a un lado y se recostó sobre la colcha. El tacto era desagradable y el colchón incómodo, pero se encontraba tan cansada que no tardó mucho en caer en un profundo sueño. El sonido de su móvil la despertó sobresaltada. Era su jefa Glenda, le llamaba desde la oficina.

—Hola, ¿estás en la oficina? —preguntó la joven.

—Sí, pero ya me voy.

—Son las tres de la tarde.

—Ya lo sé. Llamaba para saber cómo iba todo.

—Lo cierto es que he descubierto algunas cosas interesantes. El marido de Elda sí estuvo en el lugar de los hechos entre dos y tres horas después del asesinato de la anciana. Le entró pánico y se fue a su casa. Pensaba que todo le incriminaba. No se tomó la molestia de no dejar huellas. Para la policía fue fácil acusarle de asesinato. Parecía tener el móvil del dinero: se encontraba sin blanca y fue a la casa a pedir dinero a la abuela. Además, sus huellas estaban en el arma del crimen, por no hablar de que la niña le reconoció. Aunque ahora todo encaja, le reconoció porque estuvo realmente allí. Pero, ¿quién las mató? ¿Por qué motivo?

—Parece que el caso al menos tiene algunos cabos sueltos.

—Sí, eso mismo he pensado yo.

—Lo único que puede parar la ejecución es que la chica se retracte o que encuentres al verdadero culpable. No quiero desanimarte, pero tienes muy poco tiempo.

Grace puso los ojos en blanco. Si la había llamado para desanimarla, hubiera sido mejor que la dejara trabajar en paz.

—Muy bien, ya lo sé.

—En un ochenta por ciento de casos de violaciones a menores y asesinatos, los culpables son personas de su entorno más inmediato. Jack Russell parece culpable, puede que no lo sea, pero lo parece.

—Gracias por llamar. Te presentaré el informe completo en unos días —dijo Grace totalmente desanimada.

—Hablamos. No te lo tomes muy a pecho. Este es tu primer caso, las cosas muchas veces no dependen de nosotros. Mejor dicho: nunca dependen de nosotros.

—Lo sé. Gracias.

Grace no pudo volverse a dormir; intentó de nuevo poner el aire acondicionado, pero no funcionaba. El calor era tan insoportable que pensó ir a caminar por un parque cercano. Al menos debajo de la sombra de los árboles y junto al río haría menos calor, pensó mientras se dirigía a la calle.

El bosque era muy frondoso y no había mucha gente a la cinco de la tarde. Aún quedaba una hora para que Elda fuera a buscarla. Se sentó en un banco y contempló los patos que jugueteaban sobre el río. Se acordó de sus padres y sus paseos por el bosque junto a ellos. Todo aquello parecía muy lejano. Llevaba semanas sin hablar con ellos y tuvo la tentación de llamarles. Aquel caso le había hecho reflexionar sobre lo rápidamente que se podía perder a tus seres queridos. Decidió llamar en cuanto regresara a Austin. En cuanto les contara que estaba en Atlanta la acribillarían a preguntas y no tenía muchas ganas de dar explicaciones.

—¿Quién lo hizo? —dijo en un susurro mientras el murmullo del agua le hacía sentir algo de frescor.

Elda estaba con sus hijas pequeñas, Jack demasiado borracho para matar y violar. Debía investigar al novio de Lea, ese joven enfermero francés que había regresado a su país poco después del asesinato. No era mucho, pero al menos comenzaba a creer que Jack no había sido, a pesar de que todo le incriminaba a él.

Se dirigió de nuevo al hotel. Elda estaba de pie, apoyada en el coche mientras fumaba un cigarrillo. Era la primera vez que la veía fumar. Entonces una idea acudió a su mente.

—Hola.

—¿Dónde estabas? —preguntó la mujer después de echar el humo a un lado.

—Intentando aclarar mis ideas —contestó la joven.

—Yo no he podido descansar. No dejo de dar vueltas a todo.

—Es lógico, tiene que afectarte.

—Mis hijas nos esperan en el centro comercial. Quería que las vieras en mi casa, pero las dos trabajan esta noche y no querían que se les echara el tiempo encima.

—No importa. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Jack fumaba?

Elda la miró extrañada.

—No. De hecho, odia que yo lo haga. Ya casi no fumo, pero cuando estoy tan nerviosa no puedo evitarlo.

—¿Fumaba tu madre? —preguntó Grace de nuevo.

La mujer tiró la colilla al suelo y la aplastó con su deportiva. Ya no iba tan arreglada como por la mañana. Llevaba un sencillo chándal gris y una sudadera con capucha.

—De joven había fumado, pero cuando sucedido todo no.

—Se encontraron colillas en el suelo. Creo que la marca era de Marlboro. Un tabaco rubio.

—Yo fumo Lucky Strike. ¿No pensarás que yo maté a mi madre? —preguntó Elda.

—No, para ello hubieras necesitado un cómplice que violara a la niña y dejar a tus hijas con alguien. Lo que quiero decir es que el que mató a Norma y violó a Ivy fumaba.

—¿En qué puede ayudarnos eso?

—Imagino que guardan las colillas. En la actualidad se pude sacar el ADN de casi todo, pero debemos saber antes quién es el asesino.

Elda abrió la puerta del coche y entró. Grace se asomó por la ventanilla y le dijo:

—¿Conociste a Michael? El francés que estaba con tu hermana en aquel tiempo.

—¿El negro?

—¿Era un hombre de color? —preguntó Grace extrañada.

—Sí, un francés de Senegal. Mi madre casi le echa de casa a patadas. Las cosas han cambiado un poco, pero hace diecisiete años las uniones interraciales estaban muy mal vistas, y más en Atlanta.

—Lo entiendo. ¿Piensas que él pudo querer vengarse?

—No lo sé, pero tampoco fue para tanto. Lea no le volvió a llevar a casa y después de lo que ocurrió el regresó a Francia.

El coche se puso en marcha. Tardaron cuarenta minutos en llegar al aparcamiento exterior del centro comercial. Hacía mucho calor, pero en cuanto atravesaron las puertas automáticas sintieron el intenso frescor del aire acondicionado. Subieron por unas escaleras mecánicas a la segunda planta y se acercaron hasta un McDonald's. En una mesa había dos chicas con uniforme del establecimiento y una chaqueta sobre los hombros. Las dos eran pelirrojas, aunque la que parecía más mayor tenía un tono de pelo más oscuro y los ojos negros como los de su padre.

—Estás son mis hijas, Kin y Lisange.

Las dos chicas eran de la misma edad que Grace, pero se levantaron y la saludaron formalmente.

—Gracias por atenderme. Vuestra madre me ha comentado que trabajáis esta tarde. Qué fastidio tener que trabajar un domingo.

—Sí, pero ya estamos acostumbradas —comentó Kin, la mayor.

—Erais muy pequeñas cuando sucedió todo, pero imagino que tenéis algún recuerdo de vuestra abuela y de Ivy en aquella época.

—Yo os dejo —dijo Elda mientras las tres chicas se sentaban.

—¿Te vas, mamá? —preguntó Lisange.

—Sí, quiero aprovechar para hacer unas compras. Nos vemos en media hora.

La mujer se alejó de la mesa y se perdió entre la multitud que comenzaba a llenar el centro comercial.

—¿Cómo os sentís con lo que va a suceder? —comentó Grace, intentando ser lo más delicada posible.

—Por un lado, aliviadas, pero por otro muy tristes. No recordamos casi nada de mi padre antes de que estuviera encerrado. No pudimos visitarle hasta casi cinco años después. Al principio íbamos más, pero en los últimos años apenas le vemos una vez por Navidad. Es muy deprimente entrar en la cárcel. Él intenta mostrarse contento y animado, pero sabemos que sufre mucho. Tal vez su muerte le alivie tanto dolor —dijo Kin, que parecía más extrovertida que la pequeña.

—¿Cuánto os tiempo os lleváis?

—Un año, no es mucho —comentó Kin.

—¿Tú recuerdas algo de aquella época? —preguntó Grace directamente a Lisange.

—Algunos recuerdos difusos. A mi padre jugando con nosotras en el jardín, una vez que fuimos al cine y poco más.

—¿Qué recordáis de la abuela?

—Todos los domingos comíamos en su casa. A veces también estaba mi tía Lea e Ivy. Normalmente eran comidas agradables, aunque en las últimas ocasiones mi tía y mi madre discutían mucho —explicó Kim.

Grace apuntó en su libreta los comentarios, después levantó la vista y se puso el lápiz apoyado en la frente.

—¿Recordáis algo de aquel día?

—Muy poco. Mis padres nos dejaron en casa de unos vecinos, los Faletti. Después mi madre nos explicó que la abuela estaba en el cielo y que nuestra prima muy enferma. Dejamos de ver a mi tía y a Ivy hasta hace unos meses —dijo Kin.

—Cuando visitabais a la abuela, ¿había otra gente en la casa? Amigos, otros familiares o tal vez tenía vecinos que fueran a verla.

—Únicamente los Gordon. Una familia que vivía justo al lado. La señora Gordon tenía tres hijas, aunque creo que no eran del señor Gordon, que era su segundo marido —dijo Kin.

—¿Jugabais con esas niñas?

—Sí, eran más o menos de nuestra edad. Los dos jardines se comunicaban por detrás. Nos lo pasábamos muy bien. Ivy pasaba mucho tiempo con ellas, a veces comía en su casa.

—¿Alguna vez visteis algo extraño en vuestro padre? Sé que no es una pregunta fácil de responder, pero la verdad le ayudará más que la mentira.

Las dos chicas se miraron antes de contestar. Al final la mayor dijo:

—Bebía un poco y nos asustaba, gritaba y rompía cosas, pero no era siempre así.

—Gracias por la sinceridad.

—¿Cree que tiene alguna posibilidad? —preguntó Lisange.

—Alguna, pero no muchas. Ha pasado demasiado tiempo y puede que las pistas que hubiéramos podido tomar se hayan disipado —contestó Grace.

—¿Llamamos a mi madre? —preguntó Kin cuando vio a la joven guardar su libreta.

—Sí, por favor. Una última cosa: ¿recordáis al novio de vuestra tía? Un hombre de color que era francés.

—Lo vimos una vez. Lo recuerdo porque en aquella época no había mucho contacto entre blancos y negros. En nuestra urbanización únicamente había blancos. Hasta mis vecinos de origen italiano eran algo exótico.

—Afortunadamente las cosas han cambiado mucho desde entonces —añadió Grace.

—Sí —respondieron las dos hermanas a la vez.

—¿Podéis decirle a vuestra madre que estaré en la librería?

Las jóvenes asintieron con la cabeza, Grace se despidió de ellas y se dirigió por el pasillo hasta la librería. Se estaba alejando cuando Lisange la alcanzó y le dijo:

—Nuestra tía Lea no era buena persona. Llevaba a muchos hombres a su casa y la abuela se lo recriminaba porque era un mal ejemplo para su hija. Había tenido una adolescencia complicada y odiaba a mi padre. Tampoco se llevaba muy bien con la abuela. El día anterior vi como discutían las dos. Estábamos jugando en el jardín, pero entré a por agua. Lea estaba zarandeando a la abuela. Eso me asustó y salí de nuevo al jardín. No recuerdo mucho más.

—Gracias, Lisange.

—Espero que Dios ayude a mi padre. Ha tenido una vida horrible, pero puede que todavía se pueda hacer justicia.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Gracias.

Grace entró en la librería y comenzó a mirar las portadas de los libros, aunque su cabeza no podía de dejar de pensar en los comentarios de las dos hermanas. Lea discutía mucho con la abuela, el problema era su novio negro, pero también otros amantes. Celos, peleas y discusiones parecían el coctel perfecto para un asesinato, aunque eso no demostraba nada.

CAPÍTULO 6

Las dos mujeres cenaron en el centro comercial y después Elda dejó a la joven en el hotel. Durante la cena no hablaron del caso. Sus mentes necesitaban descargarse un poco. Las últimas horas habían sido muy duras y aún les quedaban dos días difíciles. A medida que pasaban las horas Grace estaba más convencida de que Jack era inocente, pero no lograba encontrar ningún hilo que le llevara hasta otro sospechoso. El novio de Lea, las colillas de tabaco y la hora aproximada de la muerte eran las únicas novedades del caso.

Grace se pasó varias horas dando vueltas al caso antes de quedarse dormida. Intentó comparar el asesinato con otros que se hubieran producido algunos meses antes y tuvieran características similares. No había gran cosa. Algunos robos con violencia, violaciones y un par de crímenes de esposos contra sus parejas. Sabía que estaba enfocando algo mal en el caso, ¿pero qué era?

Cuando sonó el despertador del teléfono no tardó mucho en arreglarse. Echaba de menos los cruasanes que comía de camino del trabajo y un buen café, pero se había dado cuenta de que podía pasar sin ellos sin que esto supusiera un gran problema. Bajó por las escaleras metálicas y esperó quince minutos antes de ver aparecer a Elda.

—Siento la tardanza —se disculpó la mujer.

—No te preocupes.

—Nuestro antiguo vecindario está a poco más de una hora. El tráfico los lunes por la mañana es terrible —comentó Elda.

—Es igual en todas partes. Afortunadamente, yo puedo ir caminando o en bicicleta a trabajar.

—Eso es un privilegio. Aquí está todo muy distante. Aunque el metro funciona muy bien. Pero nuestra antigua urbanización se encuentra a las afueras.

—No importa. Disfrutaré del paisaje. Me encantan estos bosques. En la zona donde yo vivo no hay tantos árboles.

—¿Dormiste bien? —preguntó Elda. Ella tenía unas profundas ojeras marrones debajo de los ojos. Llevaba semanas durmiendo muy mal por el caso de su marido.

—Me acosté tarde, pero después perdí el conocimiento. No suelo tardar en dormirme —dijo Grace sonriente.

—Eso es una bendición de Dios. Yo casi siempre padezco insomnio.

—¿Desde muy joven? —preguntó la joven.

Elda la miró de reojo. Sabía que la abogada nunca hacía preguntas al azar. En el fondo siempre estaba intentando recopilar más información.

—Sí, desde joven.

—Entonces no estabas dormida cuando Jack llegó aquella noche.

—No, aunque estaba en la cama.

—¿Qué hizo Jack al llegar?

—Se quitó los zapatos, fue a la cocina para beber agua. Después se dirigió al baño

y se cambió.

—¿Alguna cosa fuera de lo habitual? —insistió Grace.

—Creo que no.

—¿Qué hizo con su ropa?

—¿Con su ropa? No entiendo.

—La que se había quitado.

—La puso a lavar —dijo Elda con un gesto de sorpresa.

—¿Era habitual que pusiera su ropa a lavar?

—No, normalmente no; pero cuando había bebido en ocasiones lo hacía, creo que para disimular el olor. Imagino que esa vez le pasó lo mismo.

Grace miró por la ventana. El aire entraba con fuerza, pero era tan caliente que hubiera preferido cerrar la ventanilla.

—También podía intentar ocultar manchas de sangre —dijo la joven.

La mujer no contestó, como si aquella afirmación la hubiera ofendido. Tuvieron que soportar un gran atasco hasta que dejaron el centro de la ciudad y se dirigieron al oeste.

El coche dejó la autopista y después atravesó un pintoresco pueblito para llegar hasta la urbanización. Todo parecía algo viejo y anticuado, aunque veinte años antes aquel lugar era una zona residencial acomodada. Cruzaron varias calles hasta aparcar frente a una casa de madera de paredes grises.

—Esa es la casa —dijo Elda señalando el edificio al fondo. Tenía un amplio jardín delantero. Al lado había otra casa, distante de la primera por apenas una veintena de metros.

—¿Los vecinos no escucharon nada aquella noche? —preguntó extrañada Grace.

—Que yo sepa, ellos declararon que no habían escuchado nada. Se enteraron cuando Ivy llamó por la mañana a su puerta.

—Es increíble que se pudiera poner en pie y llegar hasta la casa —comentó Grace.

—Sí, un verdadero milagro.

Las dos mujeres salieron del vehículo y atravesaron el jardín.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Grace.

—No los conozco. Miraron el buzón y vieron un apellido oriental.

Se dirigieron hasta el porche, subieron tres escalones y apretaron el timbre.

—Está igual que hace quince años —comentó Elda un poco impresionada. Aquellas paredes grises le traían muchos recuerdos y no todos ellos buenos.

Escucharon pasos y una mujer abrió la puerta y se asomó través de la mosquitera.

—¿Qué desean? —preguntó la dueña de la casa con un fuerte acento oriental.

—Viví aquí hace veinte años, pasábamos por aquí y quisimos ver la casa —dijo Elda.

—Lo siento, pero...

—¿La señora Gordon continúa viviendo en la otra casa? —preguntó Grace.

Al escuchar el nombre de la vecina la mujer se tranquilizó y les sonrió.

—Sí, la señora Gordon vive con una de sus hijas, Pam, la más pequeña.

—¿Podríamos ver la casa? No le robaremos más de cinco minutos.

—Adelante —dijo la mujer empujando la mosquitera.

Entraron en el salón. Sin duda no tenía mucho que ver con el salón de una abuela de principios de siglo, pero al menos Grace podía hacerse una idea de los espacios.

—Estaba justo allí —dijo Elda señalando a un rincón junto a la ventana.

—Da la impresión de que algo la despertó, dejó la habitación y se dirigió hasta el salón, cerca del teléfono.

—Sí, pero no llamó.

—Puede que viera a alguien conocido —comentó Grace.

—No empieces de nuevo —dijo Elda malhumorada.

—¿De qué hablan? —preguntó la oriental.

—De nada, perdone. ¿Podríamos ver la habitación de la izquierda? —preguntó Elda.

—Sí, claro. Ahora es nuestro estudio. Mi esposo es arquitecto y a veces trabaja en casa.

—No sabe lo que le agradecemos que nos haya dejado entrar —dijo Grace.

La mujer hizo un gesto agachando la cabeza y les invitó a que pasaran por el pasillo. Llegaron a la habitación, que daba hacia la otra casa.

—¿De verdad que no escucharon nada los vecinos? —preguntó Grace extrañada.

—Creo que no, pero ahora mismo iremos a visitar a la señora Gordon, puedes preguntarle tú misma.

—En el informe no se dice nada, aunque a veces pasa que no todas las declaraciones son incluidas.

Las dos mujeres salieron de la casa después de volver a agradecerle a su nueva dueña su hospitalidad. Cruzaron el jardín delantero y entraron en la propiedad de los Gordon. El césped estaba muy descuidado y la casa necesitaba una mano de pintura, pero por el resto de detalles la casa era prácticamente idéntica. Entraron en el porche. La mosquitera estaba agujereada por varios sitios y algo desprendida de la puerta. Llamaron y esperaron un momento. Una mujer de algo más de sesenta años salió a recibirles. Tenías el pelo corto y canoso, llevaba unas gafas gruesas con un cordel al cuello. Vestía con un chándal rosa y una camiseta blanca con dibujos estampados.

—¿Dolores Gordon? —preguntó Elda—. ¿No se acuerda de mí? Soy Elda, la hija de Norma.

La mujer la escudriñó con sus pequeños ojos verdes antes de abrir los brazos y gritar:

—¡Elda, mi hija! ¡Cómo has cambiado!

—El tiempo no pasa en balde —dijo la mujer.

Grace no dejó de observarla ni un momento. La señora estaba bastante gruesa e iba muy maquillada. De joven debía haber sido muy guapa, pero apenas le quedan los

últimos resquicios de belleza.

—Esta joven es Grace Sanders, es una abogada de Austin. Ha venido para hacerte unas preguntas sobre lo que ocurrió aquella noche.

La mujer se puso muy seria, pero enseguida reaccionó pidiéndoles que pasaran a la casa. Entraron a un salón exactamente igual que el de la casa de al lado, pero decorado como casi treinta años antes. Los muebles estaban desgastados y arañados, el sillón hundido en una parte y las cortinas con polvo. El interior olía a meado de gato y frijoles.

—Siéntense. ¿Quieren un té frío?

—Si es tan amable —dijo Elda.

La mujer se fue a la cocina y ellas dos se cruzaron las miradas.

—La señora Gordon no ha cambiado mucho. Mi abuela siempre decía que era un poco descuidada... Trabajaba de maestra, imagino que se habrá jubilado.

La mujer entró con una bandeja de plástico rojo y dejó los vasos sobre una mesita de cristal con un tapete de ganchillo. Eran de plástico descolorido. En un pequeño plato de porcelana descascarillado había unas pastas danesas.

—Gracias —dijo Grace cuando le dio el vaso. Miró en su interior y vio restos de té y una costra que no supo identificar, pero que rodeaba el borde del vaso por dentro.

—¿Le gusta así de frío, querida?

—Sí, gracias. Estoy un poco indispuesta, me imagino que es el cambio de aguas —comentó Grace dejando el vaso sobre la bandeja de nuevo.

—Creo que Grace quiere hablar con usted a solas. ¿Le importa si salgo al jardín? Todavía no hace demasiado calor.

La señora se puso muy seria. No le debía gustar estar a solas con una desconocida, pero hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Elda salió del salón; se dirigió a la parte trasera. Se sentó en uno de los balancines oxidados y arrojó el té al césped.

—Señora Gordon, ha sido muy amable al recibirme sin apenas tiempo. Sé que este no es un tema agradable para usted y que no debe ser fácil recordar aquellos momentos, pero es muy importante que intente hacer memoria —dijo Grace incorporándose un poco en el sillón.

La mujer estaba sentada en una silla justo enfrente. Tenía el vaso en la mano y después de tomar un sorbo y coger una pasta le dijo con la boca medio llena:

—No es agradable, quería mucho a Norma. Ella nos trató como a una familia cuando nos mudamos aquí. Mi marido había sido militar un tiempo y nos costaba adaptarnos a un sitio estable. A las niñas las trataba como si fueran sus propias nietas.

—Imagino que fue muy duro todo aquello.

La mujer dio un gran suspiro y tomó otro largo sorbo de té.

—Un día horrible. Nos acostamos pronto, al día siguiente mi marido Tom tenía que ir a trabajar, era mecánico. Las niñas estaban de vacaciones, pero solían despertarse muy pronto, yo no daba clases ese mes, pero debía supervisar el programa

del curso y otras tareas previas al nuevo año. Cuando Ivy llamó a la puerta a las cinco o las seis de la mañana me asusté mucho. Al abrir vi su carita ensangrentada y ennegrecida por las lágrimas. Llamé a Tom y la llevé al hospital mientras él se quedaba con las niñas.

—¿No la llevó su marido?

—No, él tenía que trabajar un par de horas más tarde.

—Entiendo. ¿Qué les contó la niña?

La mujer dio un nuevo sorbo al té y un bocado a la pasta.

—Únicamente repetía sin cesar: «Mi abuelita, mi abuelita». Vestía el camisón sucio y estaba descalza. Al principio creímos que había sufrido un accidente. Tenía la cara destrozada y un ojo medio hundido. Fuimos a la casa y vimos a la abuela tirada en el salón, con la cabeza destrozada en medio de un charco de sangre. Nunca podré olvidar esa escena.

Grace sintió como se le revolvían las tripas, pero intentó controlarse.

—¿No les dijo nada más? ¿No les explicó qué había sucedido?

—No, la llevé al hospital y se quedó ingresada. La policía llamó a la madre y yo me vine a casa. Después fuimos al entierro y poco después nos enteramos de que había sido Jack, el marido de Elda. No podíamos creerlo. Siempre pareció una persona normal. Aunque uno nunca sabe con estas cosas.

—¿No escucharon nada aquella noche? Gritos, gemidos, ruidos o cualquier tipo de sonido anómalo.

—No, fue una noche tranquila. Estas noches de verano siempre lo son, sobre todo un jueves.

—La ventana de la niña da a ese lado, ¿verdad? ¿Qué hay a la derecha? —preguntó Grace poniéndose de pie.

—La habitación de matrimonio —dijo la mujer poniéndose en pie, como si no quisiera que la joven cruzase el pasillo.

—¿Su marido está en casa? —preguntó la joven.

—No, está fuera, de viaje.

—¿Su hija está en casa?

—Está durmiendo.

Grace se extrañó un poco; eran casi las diez de la mañana, pero pensó que tal vez trabajara de noche.

—Muchas gracias. Ha sido muy amable —dijo la joven dirigiéndose a la puerta.

—Elda está en la parte de atrás, espere que la avise —comentó la mujer recorriendo el pasillo y saliendo por la cocina.

La abogada se quedó sola. Miró con más detenimiento la habitación. Tenía algunos adornos de países europeos y exóticos. Imaginó que de la etapa de su marido como militar. También algunas muñecas viejas y una televisión gigantesca.

Escuchó un ruido y se acercó una joven que se tapó los ojos al recibir la luz del sol. Después se asustó al ver a Grace.

—¿Tú quién eres? —preguntó la joven vestida únicamente con una camiseta vieja.

—Soy una amiga de Elda.

—¿De quién?

La joven tenía muy mal aspecto. Parecía muy delgada y con la expresión medio ida por los tranquilizantes.

—Amiga de tu antigua vecina, Elda.

La chica hizo un gesto de asentimiento y abrió el grifo para beber agua.

—¿No está tu padre en casa?

—¿Mi viejo en casa? Lleva más de dos meses a la sombra y esta vez no se va a poder escapar.

—¿Está en la cárcel? —preguntó Grace sorprendida.

—Sí, siempre anda metiéndose en líos, pero todavía no han encontrado al que le dé un buen escarmiento.

La señora Gordon apareció con Elda y esta saludó a la joven.

—Hola, Pamela.

—Hola, señora Russell. ¿Cómo está su marido?

—Bien, Pamela. Muchas gracias.

—Pamela, ¿aquella noche no escuchasteis los gritos de Ivy y su abuela?

La joven se quedó en silencio y después miró a su madre.

—No, no lo recuerdo, yo era una cría.

Grace observó el rostro de la señora y después con una sonrisa se despidió:

—Muchas gracias por todo.

—Gracias, señora Gordon.

—Espero que tengas suerte. No podemos hacer nada más, pero rezamos por tu esposo.

—Gracias —dijo Elda de nuevo acariciando el hombro de la mujer.

La dueña de la casa las acompañó hasta el porche y se quedó mirando cómo se alejaban y entraban en su coche. A esa hora el calor parecía calentar la atmósfera hasta convertir el aire en algo casi irrespirable.

—Me gustaría hablar con Pam a solas. ¿Crees que podrías arreglarlo?

Elda miró intrigada a la abogada.

—¿Piensas que puede saber algo?

—Su madre nos contó que no habían escuchado nada, pero la chica parecía pensar otra cosa. Por otro lado, acabo de enterarme de que el señor Gordon está en la cárcel. No sé hasta qué punto puedo creer a esa mujer.

—¿Por qué nos iba a mentir? —preguntó Elda.

—A veces la gente miente para no meterse en líos. Puede que su marido tuviera alguna deuda con la justicia. Él se quedó con las niñas mientras ella llevaba a Ivy al hospital; me parece todo muy sospechoso.

Mientras el coche dejaba atrás la urbanización, Grace tuvo la sensación de que

había dado con otro misterio. Mientras descansaba un poco en el hotel le pediría a su jefa que investigara al enfermero francés y también a los Gordon, sobre todo al marido. Si estaba en la cárcel, debía tener antecedentes.

El Ford paró justo enfrente del hotel y Grace se bajó rápidamente.

—Prefieres comer sola.

—Hoy comeré poco, el tiempo se agota. Mañana por la tarde regreso a casa y me queda mucho por hacer. ¿Conseguiste la cita con el agente de policía que llevó el caso?

—Sí, está jubilado, pero continúa viviendo en Atlanta. Su compañero falleció hace un par de años de un cáncer.

—Gracias por todo, Elda. Eres una magnífica secretaria —dijo Grace con una sonrisa antes de cerrar la puerta del vehículo.

—Gracias a ti por dedicar todo este esfuerzo en salvar a mi marido.

—Espero que hayas elegido a la persona adecuada —comentó Grace, que en parte dudaba de su capacidad para investigar un caso tan complejo.

—Creo que le hubiera gustado a mi madre —dijo Elda mientras se le aguaban los ojos.

—Estoy convencida de ello.

Grace se dio media vuelta y caminó despacio hasta la habitación. Antes tomó un refresco y unas barritas de chocolate. Necesitaba azúcar para que su cerebro se pusiera en funcionamiento. Aquel calor estaba fundiendo sus plomos.

CAPÍTULO 7

Escuchó el teléfono y se levantó de la cama para dirigirse al pequeño escritorio. Era Glenda, su jefa. Esperaba que hubiera podido obtener la información que le había pedido.

—Hola, jefa.

—Hola, Grace. He estado indagando y he encontrado lo que me pedías. Con respecto al francés Michael Fall, estuvo un par de años en el hospital Atlanta Medical Center. Después regresó a Francia. No tiene antecedentes de ningún tipo; en la actualidad vive con su familia en París. Está limpio.

Aquello descartaba un sospechoso, pero también una opción más para salvar la vida de su cliente.

—¿Qué sabes del señor Gordon?

—Stuart Gordon, marine durante diez años, fue expulsado del cuerpo, al parecer por golpear a un compañero casi hasta la muerte. Después estuvo de aquí para allá con su familia hasta que llegó a Atlanta. Trabajaba en la seguridad del aeropuerto. Hace un año fue acusado de intento de asesinato. Un hombre negro se metió con él y casi lo mata delante de un centenar de pasajeros de un vuelo para Miami. Le han condenado a dos años, pero en seis meses estará fuera. No creo que agote toda la condena en la cárcel.

—¿Ha estado acusado por otros delitos?

—Algún hurto cuando era joven, pero cosas de poca monta. No era un angelito, pero tampoco un asesino en serie —dijo Glenda.

—Muchas gracias. Lo tomaré en cuenta. Lo que no entiendo es porqué me lo ocultó su mujer.

—Le dará vergüenza hablar de ello —contestó Glenda.

—¿Cómo es que no escucharon ruidos?

—Tal vez el asesino fue rápido y la abuela no logró gritar. Después silenció a la cría o esta perdió el conocimiento por el golpe.

—Eso no encaja, Glenda. La niña se despertó. Él debió hacer ruido, suficiente para despertar a la niña y los vecinos de al lado.

—Tendrían miedo de verse involucrados, o pensaron que la niña estaba enferma, o que Jack estaba discutiendo con su suegra.

—Gracias, ya te diré qué voy descubriendo.

—Un abrazo.

—Nos vemos en un par de días. Hasta pronto.

Grace se vistió y bajó corriendo las escaleras. Se había entretenido demasiado. Para su sorpresa, no era Elda Russell la que le estaba esperando. El coche era un Toyota cuatro por cuatro nuevo.

—Suba —dijo Lea bajando la ventanilla.

—Pensé que me recogería Elda —comentó Grace.

—Al menos mi coche tiene aire acondicionado. A mi hija únicamente puedo ir a verla yo.

Grace subió al vehículo algo confusa. No entendía a qué se refería aquella mujer. Nadie le había dicho que Ivy estuviera enferma o encerrada en algún tipo de centro sanitario.

—Creo que Elda no le ha comentado nada, ¿verdad? Muy típico de mi hermana. Ivy lleva cinco años en un centro para enfermos de anorexia. Tiene trastornos alimenticios, por eso tengo que protegerla tanto. Nunca ha vuelto a ser la misma. Aquella noche una buena parte de ella murió en aquella casa. Han estado esta mañana allí, ¿verdad?

La abogada afirmó con la cabeza. Tenía la sensación de que a Lea le gustaba hacer preguntas cuya respuesta ya conocía. El coche salió a toda velocidad del aparcamiento y recorrieron la ciudad como un rayo. Grace iba agarrada a la parte superior de la puerta y no quitaba la vista de la carretera.

—No sé si el golpe le dañó una parte del cerebro o los complejos le jugaron una mala pasada. Le realizaron casi cinco operaciones de cirugía estética, pero nunca se recuperó del todo.

—Fue un incidente muy traumático.

—No ha podido terminar los estudios, nunca ha tenido novio y no sé qué será de ella cuando yo falte.

Lea pareció derrumbarse por unos momentos, pero reaccionó levantado de nuevo la cabeza y charlando sin parar.

—Ha visto a la señora Gordon. Creo que esa familia nunca estuvo muy bien. Ya sabe. Eran muy extraños, gente de aquí y de allí. Sus hijas tampoco se han centrado mucho en la vida.

—¿Sabía que el señor Gordon está en la cárcel? —preguntó Grace.

—¿En la cárcel? Dios mío, qué ha hecho.

—Un intento de homicidio; al parecer se peleó con un viajero en el aeropuerto y casi lo mata.

—Pero si debe tener más de sesenta años. Debe conservarse en forma —dijo Lea.

—¿Qué recuerda de la familia Gordon?

—Nuestras hijas jugaban mucho con las suyas, pero nunca entraban en la casa. El señor Gordon les daba un poco de miedo. Sería cosas de crías, pero no había buen ambiente en la familia.

—Ya, pero no les pareció sospechoso que los Gordon no escucharan nada aquella noche.

—Ponían la televisión a todo volumen en la habitación y eran gente poco amigable. Con los únicos que se llevaban muy bien era con mi madre, pero es que ella se llevaba bien con todo el mundo.

—Me dio la impresión de que Pam sí había escuchado algo aquella noche, pero que no quiso hablar delante de su madre —comentó Grace.

—Pam e Ivy eran íntimas. Hasta cayeron las dos en la anorexia. Yo creo que no se gustaban, a pesar de ser dos chicas guapísimas.

Vieron una gran verja negra y pararon enfrente de un control de seguridad. Circularon unos cinco minutos por un camino de gravilla rodeado de árboles. El coche se detuvo enfrente de un enorme edificio de ladrillo rojo adornado con ribetes de escayola blanca. Los jardines parecían muy cuidados, repletos de flores, árboles y hermosos senderos juntos a un riachuelo artificial.

Bajaron del coche y escucharon la gravilla debajo de sus pies; se dirigieron a la escalinata y entraron en un amplio vestíbulo de mármol negro y marrón. Lea habló con la recepcionista y un par de minutos más tarde las avisó de que podían ir a la habitación de la joven. Tomaron un ascensor y después recorrieron un amplio pasillo iluminado por tragaluces en el techo hasta una de las habitaciones más retiradas. Abrieron la puerta y entraron en una habitación muy amplia. No estaba muy amueblada, únicamente una cama alta de hospital, un escritorio de madera, unas estanterías con libros y un armario. Una puerta daba al baño y un gran ventanal al jardín.

—Hola, Ivy —dijo Lea tras acercarse a la cama. La chica estaba leyendo, pero no hizo el más mínimo gesto ante su madre.

La mujer miró furiosa a Grace y le pidió que se acercara a la cama.

—Esta señorita es Grace Sanders y quiere hablar contigo.

—¿Otra psiquiatra? Cuantas veces tengo que decirte que yo no estoy enferma.

—Lo sé, cariño, pero Grace no es una doctora, es una abogada.

—¿Una abogada? —preguntó la joven bajando el libro y mirando a la recién llegada.

La joven la miró con su rostro desproporcionado. La mitad de la cara era de una chica realmente preciosa de pelo rubio y grandes ojos azules, pero la otra mitad estaba en parte hundida, con el ojo completamente ciego y la cara repleta de cicatrices.

—Hola, Ivy, me gustaría hablar contigo.

La chica la observó con desconfianza. No se fiaba de nadie, pero menos de una abogada. Durante algunos años la habían estado visitando. Ella nunca les recibía, por eso no entendía por qué su madre había accedido a que la viera.

—No tengo nada de qué hablar.

—Imagino que no quieres hablar, pero es muy importante. Te prometo no tardar más de quince minutos.

—Lo que me sobra en esta cárcel es tiempo, pero no por eso lo voy a malgastar con una picapleitos.

Al parecer aquella no iba a ser la entrevista más sencilla de la semana, pero para Grace era la más importante. Habían pasado quince años, pero Ivy no había logrado superar aquella noche. En cierto sentido seguía atrapada en ella.

—Creo que será bueno que hables conmigo. De alguna manera estás escapando

de aquella noche, pero algo te ha impedido lograrlo...

—Me temo que es muy evidente el qué es. ¿Ha visto mi rostro? Nadie puede rehacer su vida con una cara como esta.

—No sé qué sientes, no puedo ni imaginarlo, pero pienso que si hablas conmigo podrás liberarte de ello en parte.

La joven frunció los labios y arrojó el libro sobre la cama.

—Una chupatintas recién salida de la universidad me va curar. ¡Aleluya, hermana!

—Por favor, contente, Ivy —dijo la madre—. Ya le comenté que no era buena idea.

—Estoy presente, madre, y no soy una retrasada mental. No puedes hablar delante de mí como si no te entendiera.

—No quiero hablar de Jack, no esta tarde —dijo Grace.

—¿Y de qué quiere hablar?

—Si me permites quince minutos lo sabrás.

—Os dejaré quince minutos, estaré en el pasillo.

Lea salió de la habitación antes de que Ivy pudiera reaccionar. La joven saltó malhumorada sobre la cama como una niña mimada con una pataleta. En cierto sentido su madurez emocional era la de una niña de nueve años.

—Quiero preguntarte por Tom Gordon.

—¿Tom Gordon?

—Sí, por él y su hija Pam.

—¿Qué tengo yo que ver con los Gordon?

—Dímelo tú.

—No entiendo.

—Creo que si entiendes.

La joven comenzó a ponerse histérica, pero Grace no se inmutó.

—Quiero que se marche, ya he sufrido suficiente durante todos estos años.

—Conmigo no te servirá ir de víctima. Hace años lo fuiste, pero ya no lo eres.

Ivy saltó de la cama y se dirigió hacia la puerta, pero Grace la retuvo.

—¿Quieres que muera tu tío Jack?

La joven le dio un empujón que por poco le hizo perder el equilibrio.

—¿Qué pasó aquella noche?

Ivy se sentó en el suelo con su camisón largo y blanco, se acurrucó y puso las palmas de las manos sobre los ojos. Grace se agachó y la miró directamente.

—Crees que todo esto es un castigo, que tú tuviste la culpa, pero no es verdad.

—¡Déjeme! ¡Usted no sabe lo que pasó! —gritó Ivy.

—Me lo ha contado todo Pam.

La chica comenzó a temblar. La miró fijamente. Su rostro era una mezcla de pánico y angustia. De repente se echó a llorar.

—No quería que le pasara nada a mi abuela. Un hombre entraba algunas noches

en la casa. Olía muy mal, a alcohol, se acostaba en mi cama y me hacía cosas que yo no entendía, era una niña. Pero aquella noche mi abuela se despertó, los dos forcejearon, yo apenas veía nada, estaba muy oscuro. Después aquel hombre me golpeó y perdí el conocimiento, escuché una voz mientras estaba inconsciente. Era la de mi tío Jack.

—¿Por eso le dijiste a la policía que era él?

—Yo no le había visto, pero el policía me repetía una y otra vez: fue tu tío Jack, ¿verdad? Yo quería que me dejaran en paz, por eso les dije que sí.

—¿Cuándo supiste que no era él?

La chica giró la cabeza y comenzó a temblar de nuevo.

—No, no puedo decirlo.

—Tu tío Jack va a morir. Aunque te culpas no fuiste responsable de lo que sucedió a tu abuela, pero sí lo serás de lo que le suceda a él. ¿De qué tienes miedo?

—Pam, ella me lo contó todo.

—¿Qué te contó Pam? —preguntó Grace viendo que por fin conseguía que Ivy dijera la verdad.

—Ella estuvo ingresada en la habitación de al lado por lo mismo hace seis años. Hablábamos mucho, hasta que una noche tenía miedo y me pidió dormir en mi cama. Hablaba en sueños y parecía aterrorizada. La desperté y le pregunté qué le sucedía. Me lo contó todo. Ella y sus hermanas habían sufrido un verdadero infierno. Su padre abusaba de ellas y lo intentó con algunas de sus amigas. Al parecer hacía tiempo que me andaba rondando, pero mi abuela nunca me quitaba el ojo de encima. Por eso intentó violarme aquella noche. Otras veces únicamente se había atrevido a verme en la cama, pero esa noche mi abuela se despertó. Yo no sabía que era él, no le vi la cara...

—Pero hace seis años que lo sabes —comentó Grace.

—El señor Gordon me daba mucho miedo. Además, temía lo que podía hacerle a Pam.

—¿Estarías dispuesta a testificar contra él?

—Sí, pero no le vi la cara. No puedo afirmar que era él. Únicamente escuché la voz de mi tío. ¿Por qué estaba él en la casa aquella noche?

Grace sabía que aquello no era suficiente, pero por fin todo cobraba sentido. Jack no había atacado a su suegra, tampoco había violado a Ivy; el verdadero culpable era el señor Gordon, pero no había pruebas suficientes para incriminarlo.

—Necesito grabar una declaración en la que cuentes todo esto. No será la prueba definitiva para esculpir a tu tío, pero al menos podremos sumar indicios en contra del señor Gordon.

—Pero tengo miedo de lo que pueda hacer a Pam. Llevo encerrada aquí desde hace años por eso mismo. ¿Qué sucederá si le acuso?

—El señor Gordon está en la cárcel y si conseguimos demostrar su culpabilidad, nunca más saldrá de ella.

Grace activo el teléfono e hizo casi una docena de preguntas a la joven. Cuando su madre entró en la habitación, las vio a las dos sentadas en el suelo, sonrientes.

—Creo que me he perdido algo —dijo Lea.

—Puede que estemos ante el principio del fin —comentó Grace—, pero antes debemos demostrar que Jack Russell no es culpable de asesinato, intento de asesinato y violación a una niña.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente Elda la esperaba impaciente en su coche. No sabía muy bien de qué había hablado con Ivy, pero intuía que Grace había logrado encontrar al culpable o por lo menos a un sospechoso.

El coche se dirigió directamente al centro de la ciudad. Cerca del Museo de la Coca-Cola les esperaba el agente jubilado Philip Red.

—No quiero darte falsas esperanzas. Puede que tengamos al verdadero asesino de tu madre, pero no es suficiente con indicios y suposiciones, necesitamos pruebas. Antes de irme esta tarde necesito hablar con Pam Gordon y después trazaremos un plan —dijo Grace intentando parecer tranquila, aunque en su interior se sentía absolutamente frenética.

—¿Pam Gordon? ¿Piensas que fueron los Gordon?

—Hubo algunas cosas que me hicieron sospechar. Primero que declararan no haber escuchado nada, segundo que el señor Gordon no llevara a Ivy al hospital y, tercero, que Pam le contara a Ivy que ella sí había escuchado sus gritos. Al parecer su padre abusaba de ella y sus hermanas, aunque nunca pusieron una denuncia.

—Es increíble —dijo Elda con una mezcla de indignación y alegría. Se sentía aliviada al demostrar la inocencia de su esposo, pero furiosa al conocer al verdadero asesino de su madre. Durante años había pasado por aquella casa sin que los Gordon manifestaran su verdadera y perversa cara.

—En la declaración de Ivy comenta que los Gordon tardaron casi quince minutos en abrir la puerta. Eso también me extrañó. ¿Cómo puedes tardar todo ese tiempo en socorrer a una niña gravemente herida y a su abuela? Al parecer la señora Gordon le dijo con la puerta cerrada que estaba despertando a su hija.

—Nunca me había fijado en los detalles de la declaración —reconoció Elda.

—Creo que los Gordon se estaban deshaciendo de las pruebas que los incriminaban, por eso tardaron en abrir. Estaban convencidos de que la niña estaba muerta, pero después apareció en su puerta y sintieron verdadero pánico.

—¿Cómo demostraremos que todo esto es cierto? —preguntó la mujer, a sabiendas de que una teoría no era suficiente para librar a un hombre de su condena a muerte.

—Esa es la parte más complicada. Tras obtener una declaración de Pam y hablar con el agente Red, regresaré a Austin y organizaré con Glenda un plan de actuación. No tenemos mucho tiempo.

Aparcaron el coche cerca del parque olímpico y caminaron hasta un banco enfrente del Museo de la Coca-Cola. Un hombre con el pelo gris y vestido con traje les esperaba sentado.

—Señor Red —se presentó Elda.

—Elda, es un placer verte. Hace mucho tiempo.

—Sí, agente.

—Ya no soy agente. Estoy jubilado, aunque todavía llevo algunos casos como detective privado. Imagino que me cuesta estar con los brazos cruzados —comentó el hombre con una sonrisa que hizo que se estirara su bigote canoso.

—Esta es la letrada Grace Sanders. Ella está al cargo del caso de mi marido. Le pido que hable con ella.

—Naturalmente, señora Russell. Señorita Sanders es un placer conocerla —dijo el hombre dando la mano a la abogada.

—Les dejo solos —comentó Elda y se dirigió por uno de los senderos a otra parte del parque.

—Siéntese —dijo el hombre a la joven dando unas palmadas en el banco—. Este es uno de mis lugares favoritos. Llevo toda la vida en Atlanta. Amo esta ciudad, he servido en ella durante décadas, pero ella también me ha proporcionado a mí grandes satisfacciones.

—Lo entiendo. ¿Se acuerda del caso? —preguntó Grace sacando su libreta.

—Naturalmente. Fue uno de los más importantes en los que participé.

—Por lo que he leído en los informes, se resolvió muy rápido, casi demasiado precipitadamente —dijo Grace, intentando que el exagente esgrimiera su postura.

—Era año de elecciones y me imagino que eso influyó. Harry y yo éramos los dos encargados del caso, pero la oficina nos facilitó todos los agentes y material disponible. Además, únicamente había un sospechoso, el señor Sanders. Él había estado en la casa aquella noche, aunque su esposa lo negara, tenía el móvil del dinero y era agresivo. Ya sabe: oportunidad, intención, acceso y motivo.

—Es cierto que, visto de manera superficial, todo apuntaba al tío de Ivy.

—La niña declaró en su contra —dijo el señor Red.

—Pero no le vio, únicamente le escuchó.

—Eso es cierto, pero las huellas del señor Sanders estaban en el arma homicida.

—¿Interrogaron a los vecinos?

—Sí, claro. No recuerdo sus nombres.

—La familia Gordon.

—Eso, la familia Gordon. No habían visto ni oído nada.

—¿No les extrañó que viviendo tan cerca no se enteraran de nada? Un vecindario tan tranquilo, donde se escucha a una mosca volar, con todas las ventanas abiertas...

El hombre titubeó por unos momentos.

—Seguramente Jack fue muy sigiloso.

—Tan sigiloso que despertó a Ivy.

—No puedo cuestionar la versión de unos testigos; además, eso no altera para nada el resultado.

Grace sacó el teléfono e hizo que el hombre escuchara la declaración.

—No investigaron los antecedentes violentos del señor Gordon, ¿verdad?

—No.

—Tampoco el hecho de que hubiera colillas. El señor Sanders no fuma, pero en el

suelo se encontraron varias. ¿Qué se hizo con esas pruebas?

—Imagino que siguen en el archivo policial. Pero unas colillas...

—No entiende lo que le digo. Han encerrado y van a matar al hombre equivocado.

El señor Red miró a la joven con sus grandes ojos azules. Parecía realmente angustiado, pero intentó serenarse y con un poco de tartamudeo le dijo:

—Eso tiene que demostrarlo, señorita. No le niego que es una buena teoría, pero nadie parará una ejecución por una teoría.

Grace sabía que era verdad. Necesitaba la declaración de Pam antes de tomar su avión para Austin.

—Gracias, señor Red.

—A usted, señorita.

La joven se levantó del banco y caminó deprisa hasta Elda.

—Vámonos.

—¿Ya has terminado?

—Sí, tenemos que ver a Pam.

—No estoy segura de que la señora Gordon nos lo permita.

—Llama a esa mujer. Queda con ella urgentemente en el centro comercial con cualquier excusa. Mientras, yo hablaré con Pam.

Elda dejó a Grace frente a la casa y después se dirigió al centro comercial. La joven esperó pacientemente hasta que la señora Gordon tomó su coche y abandonó la casa. Cuando la abogada se aseguró de que la mujer ya no volvería. Caminó por el jardín y llamó a la puerta. Nadie le abrió. Quitó la mosquitera, pero la casa estaba cerrada con llave. Dio la vuelta a la casa mirando por las ventanas, pero no vio nada por las cortinas. Comprobó la puerta trasera, pero también estaba cerrada. Sabía que no disponía de mucho tiempo.

Miró por el otro lateral de la casa y vio una ventana abierta, se asomó y contempló a Pam tumbada sobre la cama.

—Pam, necesito hablar contigo.

La joven se movió ligeramente, pero volvió a quedarse dormida.

—Pam, Ivy me lo ha contado todo. Tenemos que encerrar a ese monstruo para siempre.

La joven se levantó de nuevo, la miró con los ojos hinchados y el pelo alborotado. Su mirada era de pánico.

Pam abrió la puerta de la casa y la dejó pasar.

—¿Ha hablado con Ivy?

—Sí, me lo ha contado todo y ha hecho una declaración. Necesito que tú hagas lo mismo.

—Pero él volverá. Ya no le queda mucho en la cárcel.

—Es muy importante. Es la única forma que tenemos de asegurarnos de que no te hará daño nunca más.

La joven se puso a llorar. Sentía alivio al saber que por fin todo se conocía, pero también miedo, un temor horrible.

—Me matará.

—No lo hará. Pasará a custodia policial mientras reunimos las pruebas suficientes.

Pam afirmó con la cabeza y comenzó a responder a las preguntas de la abogada. Estaban casi terminando cuando escucharon un coche frenar en seco frente a la puerta.

—Es ella —dijo la chica aterrorizada.

La señora Gordon entró velozmente en la casa y se dirigió directamente a las dos mujeres.

—¿Qué hace en mi casa?

—Hablando con su hija.

—¿Cómo se atreve? —dijo la señora empujando a Grace.

—Lo sabemos todo, señora Gordon, ya no podrá proteger más a su marido.

La señora se abalanzó sobre su hija y comenzó a estrangularla.

—Vosotras sois las culpables, siempre medio desnudas y provocando.

Grace intentó parar a la mujer, pero tenía una fuerza increíble. Al final logró derrumbarla.

—Pam, vístete. Te vienes conmigo.

La joven corrió hasta la parte trasera de la casa y se vistió a toda velocidad. La mujer intentó levantarse del suelo, pero cuando logró incorporarse las dos jóvenes corrían por el jardín hacia el coche de Elda. En cuanto cerraron las puertas el viejo Ford salió a toda velocidad de la urbanización.

—Siento no haberla podido retener por más tiempo, pero se olía algo.

—No te preocupes, necesito que te quedes con Pam unos días. Yo intentaré regresar antes de cuarenta y ocho horas.

Grace tenía un avión para Austin, Glenda montaría el informe mejor que ella y prepararía la apelación. Mientras tanto debían pensar un plan para inculpar al señor Gordon. El tiempo apremiaba y tenía que salvar a un hombre inocente de la pena capital.

CAPÍTULO 9

Glenda la esperaba en el aeropuerto. Grace había aprovechado el vuelo para descansar, porque sabía que en los dos siguientes días apenas podría dormir ni comer. Cuando la joven abogada vio a su jefa en el coche le dedicó una amplia sonrisa.

—Increíble para ser este tu primer caso —dijo la jefa mientras salía del coche para abrazarla.

—Gracias —contestó la joven complaciente.

—Esto no significa que lo tengamos ganado. El estado es muy reticente a reconocer sus errores y no les valdrá con una duda razonable; debemos demostrar la inocencia de nuestro cliente.

—Lo sé —dijo Grace al descubrir lo poco que le duraba el entusiasmo a su jefa. Era consciente de que Glenda había perdido muchos casos a pesar de saber a ciencia cierta que su cliente era inocente o haber descubierto al culpable. El sistema garantizaba la presunción de inocencia, pero además un buen abogado podía frenar casi cualquier intento de acusación contra su cliente.

Se dirigieron directamente a la oficina a pesar de que eran casi las siete de la tarde.

—No nos hemos quedado con los brazos cruzados. Tengo a todo el equipo trabajando en esto. Mike está escribiendo el informe, Sally ha pedido las pruebas del caso y está rellenando la petición para anular la sentencia, y yo no dejo de darle vueltas a cómo incriminar al señor Gordon.

—De primeras tenemos que encontrar una fórmula para incriminar a Gordon —comentó Grace.

—Tal vez el análisis de huellas en el arma homicida. Puede que se encontraran en aquel momento huellas de otras personas que no fueron analizadas —dijo Glenda.

—No aparece nada en los informes —afirmó Grace negando con la cabeza.

Encargaron algo para cenar y todo el equipo estuvo hasta las tres de la mañana sin llegar a ninguna conclusión.

—Será mejor que descanses un poco. Ha sido un viaje largo, una semana agotadora y necesitas tener la mente fresca —le comentó su jefa.

Grace no quería parar; pensaba que si no daban pronto con la forma de acusar al señor Gordon nadie podría frenar la ejecución de Jack, pero al final cedió y se fue caminando hasta su apartamento.

Se paró enfrente del edificio y estaba a punto de entrar cuando observó cómo un coche aparcado en la acera bajaba la ventanilla. Una mujer sacó un cenicero y arrojó su contenido sobre la acera.

—Serán guarros —dijo Grace sin poder morderse la lengua.

Abrió el portal con la llave y llamó al ascensor. Mientras esperaba que este bajara sintió cómo una imagen acudía a su cabeza.

—Las colillas de tabaco —dijo en alto. Tomó el teléfono y llamó a su jefa.

Glenda tomó el teléfono medio somnolienta.

—Dígame.

—Las colillas Glenda, ellas son la clave. En aquella época las pruebas de ADN no estaban tan avanzadas y no solían ser pruebas determinantes. Si conseguimos el ADN del señor Gordon, podríamos compararlas con las colillas que guardó la policía del lugar del crimen.

—Pero el señor Gordon está en la cárcel. Una petición de análisis del ADN puede tardar meses. Además, no hay pruebas sólidas para solicitarlo.

Aquellas palabras desalentaron a Grace. Colgó el teléfono y subió al ascensor. En cuanto se tumbó en la cama se quedó profundamente dormida. La luz de la mañana la despertó de la cama. Continuaba con la misma ropa del día anterior, tenía un fuerte dolor de cabeza y necesitaba darse una ducha.

Dos horas más tarde estaba de regreso a la oficina. Allí le esperaba el equipo en pleno. Ya habían construido la apelación y realizado el informe, incluso se había hecho la solicitud formal para pedir la prueba de ADN.

—¿Crees qué lo conseguiremos? —preguntó Grace a su jefa. Se sentía algo frustrada. Por un lado estaban muy cerca de salvar a Jack, pero por otro los trámites burocráticos podían terminar por llevarlo hasta el patíbulo.

—No sería el primer caso en el que demostramos la inocencia del condenado a muerte después de la ejecución, pero piensa que al menos pondrá en evidencia otra vez más lo injusto de la pena de muerte. Nuestro objetivo no es únicamente personal, es ante todo la abolición de la pena capital.

La joven sabía que todos perseguían una aspiración más alta. La muerte de una persona, por injusta que fuera, era menos importante que la salvación de miles de ellas, pero en su cabeza estaban las caras de Pam e Ivy, con una infancia y juventud destrozadas. La angustia de Elda y el odio de Lea, pero sobre todo la impunidad de los Gordon y su macabra forma de vida.

—Tenemos que encontrar la forma.

Mike, uno de los compañeros de la joven abogada, se levantó de repente y se dirigió hasta su ordenador.

—¿Qué sucede? —preguntó Glenda.

—Se me termina de ocurrir un plan arriesgado, pero que puede dar resultado, pero antes tengo que comprar algo.

El resto del grupo esperó impaciente hasta que Mike regresó con una sonrisa hasta la mesa de reuniones.

—¿Qué has pensado, Mike? Nos tienes en ascuas —dijo por fin Grace.

El joven pareció salir de su ensimismamiento.

—Elda puede visitar todavía a su esposo y hacer vis a vis. ¿Verdad?

—Este domingo es el último día que la ley se lo permite —comentó Grace.

—He comprado una cosa. El señor Gordon está encerrado en la misma cárcel que Jack. Están en pabellones distintos, pero el domingo por la mañana se les permite ir a

la capilla. Muchos de ellos van por salir de sus módulos.

—Sí, ¿pero qué tiene que ver eso? —preguntó medio histérica Grace.

—Jack tiene que seguir a Gordon y esperar a que arroje al suelo alguna de sus colillas, guardarla con cuidado y después entregarla a su mujer. En cuanto la tengamos la analizaremos y la presentamos junto al resto del informe. Si el ADN coincide con las encontradas en la casa quince años antes, podremos demostrar la inocencia de nuestro cliente.

Mike miró a todos satisfecho, y el resto del grupo gritó eufórico.

—El plan es muy complejo, pero hay que intentarlo —dijo Grace. Después tomó el teléfono y llamó a Elda para explicarle todos los pormenores.

—Mañana nos vamos a Atlanta —dijo Glenda a la joven abogada.

Grace miró a sus compañeros y no pudo evitar que los ojos se le aguaran un poco. Era la primera vez que lograba salvar a alguien de la muerte, pero no quería ilusionarse hasta ver a Jack Russell fuera de la cárcel recuperando su vida.

CAPÍTULO 10

Jack Russell caminaba despacio por el suelo de hormigón sin dejar de observar a Gordon. Se habían visto un par de veces en capilla, pero apenas habían cruzado un par de palabras. Su antiguo vecino parecía esquivarle, como si no quisiera hablar con él. Ahora lo entendía todo.

Apenas estaban a unos metros de distancia. Por unos instantes pensó acercarse hasta él, golpearle en la cara y tras derrumbarlo en el suelo, machacar su cabeza a patadas. Aquel hombre le había robado los mejores años de su vida, a su familia, y le había convertido en apenas una caricatura de sí mismo. Después le vino a la mente la cara de su mujer y sus hijas; por ellas debía salir con vida e intentar recuperar la esperanza.

Gordon se paró enfrente de la capilla, apuró el pitillo y después lo lanzó al suelo. Jack caminó rápidamente, se agachó con cautela y estaba a punto de tomar el pitillo cuando dos de sus compañeros lanzaron sus cigarrillos al suelo. Miró las tres colillas y dudó por unos momentos. Si se equivocaba aquello podía suponer su muerte. Tomó la de en medio con una bolsa de plástico, la introdujo dentro y la guardó en su bolsillo. Después entró en la capilla y se sentó a orar.

«Dios mío, ayúdame». Pidió en voz baja. Después escuchó las canciones y la predicación casi sin inmutarse. Su mente estaba muy lejos de allí.

Cuando terminó el servicio los presos salieron lentamente. Gordon se cruzó con él y levantando la mirada le dijo:

—Mi mujer me ha contado que una abogada anda molestándola. Te aconsejo que la despidas, no olvides que tus hijitas siegue allí fuera. Dentro de unos meses podré hacerles una visita...

Jack notó como la furia inundaba todo su cuerpo y levantó el puño. Gordon esperó el golpe desafiante, pero el hombre se detuvo en seco. La ira del momento podía echar al traste todo el plan.

—Si eres inocente no tienes nada que temer —contestó al hombre.

Gordon sonrió, dejando que sus dientes negros y podridos se vieran. Aquel asesino parecía disfrutar viéndole sufrir.

—Bueno, Jack, creo que es la última vez que nos vemos. Espero que tu agonía no sea muy larga. Dentro de unos años nos vemos en el infierno.

—Adiós, puede que nos veamos antes de lo que piensas —contestó sereno.

Jack caminó tranquilo hacía la zona de visitas y esperó a que el funcionario pronunciara su nombre. Cuando Elda y él se vieron en la habitación se fundieron en un abrazo prolongado.

—Jack, amor...

—Lo he conseguido —dijo dándole disimuladamente la colilla.

—Al final lo conseguiremos —comentó Elda mientras se sentaba.

Una hora más tarde la mujer entregó la bolsita de plástico a Grace y Glenda.

—Mañana llevaremos la muestra al laboratorio. Estoy segura de que inculparán al señor Gordon —dijo Grace a la mujer con una sonrisa.

—Muchas gracias. Hace una semana mi vida no tenía sentido, estaba dispuesta a tirar la toalla, pero tú has conseguido lo que parecía imposible.

—Únicamente he hecho mi trabajo —contestó Grace.

Elda le dio un abrazo y después saludó a Glenda.

—Muchas gracias de nuevo.

La mujer se alejó por el parque olímpico mientras Grace y su jefa se quedaban de pie, después caminaron entre los árboles y recorrieron la pradera de césped, repleta en aquel día de descanso de familias disfrutando de la tarde.

—A pocos kilómetros de aquí nació Martin Luther King —dijo Glenda.

—No he estado nunca en su casa ni en su iglesia —comentó Grace.

—Ese hombre abrió un camino para la justicia racial, pero aún quedan muchos otros caminos por abrir. Este caso ayudará a allanar un poco más el sendero que conduce a la justicia verdadera.

—¿Y yo soy la idealista? —bromeó Grace.

Glenda sonrió y las dos caminaron juntas hasta la avenida principal. Todo parecía igual que unos minutos antes; la vida de Jack Russell parecía un acontecimiento insignificante en el mundo, pero para ellas lo cambiaba todo. Un hombre inocente iba a salvarse y con él la esperanza de un mundo mejor parecía resplandecer bajo el sol de Atlanta, en medio del corazón de los Estados Unidos de América.

CRÍMENES IMPERFECTOS BOTÁNICO

La policía llega a una habitación en la que un hombre encerrado parece haber terminado con su vida tras envenenarse. Los investigadores descubrirán que su muerte se debe al consumo de anticongelante de motor. Una nota de suicidio de la hijastra del hombre parece indicar que ella le ha asesinado y que también es culpable de la muerte de su verdadero padre unos años antes. La joven sobrevive a su intento de suicidio y es condenada a muerte. La hermana de la joven acude a Grace Sanders para que intente librarla del corredor de la muerte y demuestre su inocencia.

Crímenes imperfectos son seis relatos largos basados en hechos reales.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, 23 de Junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones. Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y la *Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.